

OLOF PALME

La experiencia
sueca



200

OLOF PALME

La experiencia sueca



Roselló, 229 3^{er} 1^a Barcelona-7 Tel. 237 41 12

R. 174

Nota introductoria

El folleto que editamos recoge, bajo el título "La experiencia Sueca", los puntos de vista de Olof Palme, Secretario General del Partido Socialdemócrata Sueco y Presidente del Gobierno de dicho país. El capítulo I contiene el texto de una conferencia de Palme pronunciada en junio de 1972, en París, en la que el dirigente socialista describe la experiencia sueca. En pocas páginas se sintetiza lo que ha sido el proceso que permitió la construcción de lo que se ha dado en llamar "el modelo sueco". Datos y cifras, tanto o más expresivos en el caso que las palabras, dan cuenta del esfuerzo espectacular realizado para mejorar las condiciones y la calidad de vida de los ciudadanos del país nórdico. Empleo, vivienda, educación, seguridad social son algunos de los temas tratados. Pero Palme se introduce también en los problemas no resueltos: el marco del trabajo industrial y las desigualdades que genera, el medio ambiente y la participación.

Analizando este último tema dice Palme: «El 90 o 95% de los jóvenes suecos reciben hoy una formación de 11 o 12 años. Tienen un fondo educativo muy distinto del de las generaciones precedentes. Aprenden en la escuela, además, que tienen derecho a la participación, a la influencia democrática y a la decisión tomada según un orden democrático. Ven demasiado poco de todo esto cuanto entran en su vida de trabajo. En ella no hay gran cosa que haya cambiado. "Conciencia crítica pues de las limitaciones. De ahí que Palme diga que ha reaccionado siempre en contra de que se hable de "modelo sueco". "Pues un modelo presupone algo alcanzado, acabado, pero por ello también estancado. Ahora bien, nosotros no hemos alcanzado en absoluto todo aquello hacia lo que tendemos"».

En el capítulo II, se publican tres cartas escritas por Palme entre marzo de 1972 y abril de 1974, en un intercambio epistolar con Willy Brandt y Bruno Kreisky. En ellas se aborda "un debate sobre programas de partido y prácticas de gobierno". Palme, desde el comienzo, afirma que el interés es especial por "el hecho de que la socialdemocracia es más que un partido con la obligación de administrar la sociedad. Nuestro deber consiste más bien en transformarla". Surgen temas como la tendencia al apoliticismo, la discusión del concepto de democracia y la cuestión "reformismo o revolución, reformas transformadoras o correctoras del sistema"; la violencia revolucionaria en el mundo actual, partidos de élite o movimiento popular, el marxismo, son tratados directamente. Las tres cartas contienen, en debate, buena parte de las cuestiones que inquietan al movimiento progresista europeo, y especialmente a los partidos que integran la Internacional Socialista.

Capítulo I
LA EXPERIENCIA
SUECA

El tema que tengo el honor de presentarles esta tarde reviste un interés muy particular en nuestros países industrializados, y también en los países en vías de desarrollo. Se bien que esta discusión no data de ayer. Nos remontamos a la época en que nuestras sociedades comenzaron su rápida transformación tanto en el plano económico como en el político. Voy a explicarles algunas de nuestras experiencias de las que nos atrevemos a decir que han tenido éxito. Pero les voy a hablar antes que nada, y creo que es más interesante, de los problemas que nos esperan.

He elegido, para comenzar, una experiencia que tiene ya medio siglo. En 1913, el Parlamento sueco instituyó el primer seguro de vejez obligatorio. Aunque modesto (cincuenta coronas por año que vienen a ser unos cincuenta francos), fue acogido calurosamente por la población. Esta primera gran reforma social debía desarrollarse poco a poco, gracias a la creación de un fondo público. Esta decisión tuvo lugar después de intensos debates públicos y parlamentarios. El profesor Knut Wicksell, uno de los grandes economistas suecos de la época intentó inútilmente, en varias ocasiones, demostrar los peligros de una tal reforma. Temía que el nivel de vida sufriese consecuencias desagradables a causa de ella en el transcurso de los años venideros.

Para financiar esta pensión de vejez, el país estaría condenado a quemar los recursos naturales y en particular su capital forestal. K. Wicksell preveía en consecuencia que para 1950 la superficie cubierta de árboles sería reducida en un 50% y para 1960 en un 75%. Según él, el único remedio para conservar un nivel de consumo decente sería reducir radicalmente la natalidad y alcanzar un aumento constante del capital bruto.

Otro economista, igualmente muy conocido, Gustav Cassel, temía que este proyecto de seguro de vejez fuese un factor desmoralizador apto para favorecer las tendencias destructivas de las clases trabajadoras. El descenso del ahorro correría parejo con la proliferación de las estafas. Esto estorbaría el mecanismo de los precios. Añadía, y no dejaba de ser un poco sorprendente, que un fondo de este tipo sería perjudicial desde el punto de vista de la defensa nacional: podía servir de cebo a un eventual invasor.

De hecho, estos peligros no se han confirmado y el seguro de vejez se ha extendido con mucha mayor rapidez de la prevista. Hoy podemos reírnos de las inmoderadas exageraciones de personalidades que fueron verdaderos precursores en otras esferas científicas. Pero las discusiones de 1913 ilustran perfectamente la resistencia que siempre ha estado presente en el debate social.

Siempre ha habido, y todavía las hay, personas honestamente convencidas que consideran los esfuerzos de justicia y de igualdad social, de nivelación como a veces se dice, como un peligro para el crecimiento económico, el gusto por el trabajo, la inclinación por el ahorro. Partiendo de esta idea, miran con desconfianza los proyectos de reformas sociales. Hay otras que han visto en estas tentativas para mejorar y modificar el sistema de su época una expresión de la cooperación, por no decir de la conspiración de clase, un esfuerzo para enmascarar las verdaderas contradicciones de la sociedad. En su opinión, la justicia social establece como principio que todo el sistema sea derribado desde el momento en que las formas de producción estén maduras para la revolución. Permítanme que les dé a conocer mis puntos de partida, mis hipótesis de trabajo como político práctico.

En primer lugar, me adhiero al reformismo como método de trabajo, incluso si tiene finalidades muy claras. Nuestra experiencia nos ha demostrado que por medio de reformas graduables es posible orientar a la sociedad hacia una justicia creciente, reformas que vienen a insertarse en el marco del sistema existente y que pueden al mismo tiempo modificarlo y cambiarlo en gran medida.

Quizás esto sea lo esencial de la experiencia sueca. En segundo lugar, existe, evidentemente, un problema de dosificación entre lo que es deseable desde el punto de vista social y lo que es posible desde el punto de vista económico. No se pueden llevar las ambiciones sociales más lejos de lo que permiten los datos económicos objetivos. Pero no hay que exagerar este antagonismo. Por el contrario, voy a intentar mostrar en mi exposición que las reformas provocadas por un deseo de justicia social pueden al mismo tiempo estimular el progreso económico.

La experiencia sueca empezó su camino en los años treinta. Era la época de la crisis económica, del paro y de la miseria de las masas. El nuevo gobierno sueco lanzó en 1932 un programa de pleno empleo, de acuerdo, en lo esencial, con las teorías básicas de Keynes, pero adaptado al espíritu y a las experiencias suecas. La consigna política fue entonces: "No podemos permitirnos el paro". El paro no es sólo un despilfarro económico. Es también una amenaza para la dignidad del hombre.

Cuando los hombres están en paro y se detienen las máquinas duermen grandes recursos humanos y económicos. Las obras públicas no son solamente necesarias para asegurar el pleno empleo, son también el medio de crear bienes que puedan procurar a todo el mundo un porvenir mejor.

Al mismo tiempo se realizó un vasto programa de reformas sociales. Ciertamente su motivación fue humanitaria. Se quería ayudar a los pobres, las viudas, los niños y los viejos. Pero también se decía: si los hombres han de tener confianza en el porvenir, deben poder sentirse seguros. Es un mito conservador el de que la seguridad social amenaza la libertad y disminuye el ardor en el trabajo. Por el contrario, la seguridad tiene un alcance productivo al transformar la realidad social de los hombres y al darles confianza en el porvenir, preparándoles para aceptar los cambios.

Este programa tenía una gran fuerza política de choque. Se combinó con un progreso económico más rápido de lo que jamás se había visto. El

esfuerzo por mantener el pleno empleo ha permanecido siendo el núcleo de la experiencia sueca. Las experiencias de los años treinta han demostrado que las medidas activas de parte de la sociedad para aumentar el empleo eran sinónimas de progreso tanto económico como social. Más gente en el trabajo significaba crecimiento económico. Y significaba también una gran nivelación de los ingresos puesto que eran las amplias categorías de población con bajos ingresos las que eran alcanzadas por el paro.

Después de la guerra, han vuelto al centro de los debates las cuestiones de empleo, pero por razones en parte distintas. Era el periodo de prosperidad y de inflación. Se comenzaba a demoler los derechos de aduana y a liberar el comercio internacional. Al mismo tiempo, la concurrencia se endurecía y la industria sueca entró en un periodo de transformación rápida. Los movimientos sociales querían elevar los salarios más bajos sin verse obligados a llegar a alzas de salarios que condujeran a la inflación. El Estado quería rechazar la presión de la demanda sin crear paro. Se trataba del gran tema clásico de la elección entre el paro y la elevación de los precios que se ha acentuado después de la guerra. En Suecia se ha querido tratar este problema con nuevos métodos.

La respuesta fue la siguiente: una política de salarios solidaria realizada gracias a negociaciones centrales en las que un movimiento sindical unido exigiría que los pequeños salarios recibieran los aumentos mayores, y una amplia prolongación de la política del mercado de trabajo en el cuadro de una política económica por otra parte rígida. Quienes corrían el riesgo de quedar en paro debían ser ayudados por la sociedad en la búsqueda de un nuevo trabajo en aquellos sectores de la economía que se encontraban en expansión. Es el sentimiento de una política selectiva a diferencia de una política de estímulo general de la demanda, que se expone a degenerar en inflación. De esta forma es como se ha desarrollado a lo largo de los años la política del mercado de trabajo y como han sido refinados sus métodos. Las ambiciones no han hecho más que crecer. Se ha dirigido la atención, cada vez más, sobre los grupos que habían quedado siempre al margen de la vida activa, especialmente los que se encuentran en inferioridad física o mental.

Se han utilizado varias clases de métodos. Se promovieron obras públicas para los sin trabajo cuando la coyuntura se deterioraba de manera general o cuando las dificultades aumentaban para ciertos grupos o regiones. Nos hemos servido de un sistema que se denominan "fondo de inversión" para elevar las inversiones de las empresas en periodo de baja coyuntura. Uno de los puntos más esenciales de la política del mercado de trabajo ha sido la formación profesional, es decir, la posibilidad para los que se encontraban en paro de recibir una formación para cualquier otra profesión. Hace diez años 15.000 personas podían beneficiarse de tal formación. Hoy son "recicladas" 120.000 personas en el cuadro de la política del mercado de trabajo. Aproximadamente es el mismo número que el de los estudiantes de nuestras universidades.

Otro campo en el que se ha hecho mucho es el de los minusválidos totales o parciales. En algunos años, las medidas especiales que se han ido tomando para dar ocupación a estos hombres han alcanzado un coste apro-

ximado de 900 millones de francos. Los gastos son elevados, pero esto implica prácticamente que algunas decenas de millares de personas que de otra manera habrían sido mantenidos totalmente por la asistencia social, pueden ahora aportar su escote a la producción. Esto implica que personas en otro tiempo inexorablemente condenadas a la ociosidad y al aislamiento tienen ahora una oportunidad de contacto con la vida profesional y la posibilidad de llevar una vida como los demás.

Es muy evidente que la política del mercado de trabajo moviliza importantes recursos de la sociedad. Pero ha sido también una actividad extraordinariamente productiva, tanto económica como socialmente. Hemos creado así una seguridad acrecentada para los seres humanos, condición para que acepten el rápido cambio en la economía que nos impone la concurrencia internacional. La demanda de mano de obra ha podido ser así satisfecha en las mejores condiciones.

Suecia ha establecido como principio, para alcanzar el progreso económico y a la vez para repartir el bienestar de manera justa, que el pueblo entero debe tener la posibilidad de trabajar. Hemos elevado también durante todo el tiempo el grado de empleo en la sociedad, es decir, la parte de la población adulta activa, aunque la proporción de jóvenes en formación haya aumentado de manera dramática. El resultado resalta muy claramente en una comparación internacional.

En 1969, el 75% de la población de Suecia entre los 14 y los 64 años estaban empleados. La cifra correspondiente a los Estados Unidos era del 70%, a Francia del 67% y a Italia del 56%. Unas encuestas llevadas a cabo en Suecia estos últimos años han mostrado claramente el papel fundamental desempeñado por el empleo en la distribución de la renta.

He mencionado ya que la nueva política de los años treinta, que puso fin a la crisis del paro, implicó una amplia igualdad en los ingresos. Pero también es verdad que son numerosos los que tienen ingresos bajos: aquellos a quienes azota el paro o que no consiguen encontrar trabajo en la medida en que lo desean; también las mujeres, que tienen un trabajo en tiempo reducido o parcial, a menudo en sectores mal pagados. Lo que les impide trabajar más es con frecuencia la falta de formación profesional o la dificultad de asegurar el cuidado de los niños. Otro de estos grupos se encuentra en las regiones en que las ocasiones de empleo no son suficientes. Hay por último un grupo de más edad que está excluido del mercado de trabajo como consecuencia de la rápida evolución técnica y económica. Estamos, pues, decidados a proseguir esta política del mercado de trabajo, tanto para lograr el bienestar social como el progreso económico.

Hay otro rasgo característico de la evolución de la sociedad sueca, sobre todo en los diez últimos años: un crecimiento importante del sector público. Hemos descubierto, en los años 1950, que la demanda de los hombres estaba altamente orientada hacia los objetos que suponían aportaciones activas de la sociedad. Un buen alojamiento, la educación de los niños, cuidados satisfactorios para aquellos a quienes azota la enfermedad son para los particulares por lo menos tan importantes como un aumento del consumo privado. Al mismo tiempo resultaba claro que la vida

de producción exigía en principio una eficaz organización básica de las comunicaciones, de la alimentación, de la energía, de los alojamientos, de la educación, etc..., para poder funcionar de manera efectiva. La expansión del sector público ha sido resultado tanto de la búsqueda de justicia social como de la necesidad de una economía eficaz.

He hablado ya de la prolongación de la política del mercado de trabajo en una parte importante del sector público. Durante un cierto número de años hemos construido más de cien mil alojamientos modernos por año. ¡Por año! Para una nación de 8 millones de habitantes, es mucho. Esto quiere decir que, en un periodo de diez años, tres millones de personas se instalan en habitaciones nuevas y modernas. Esto ha necesitado un enorme esfuerzo. Pero incluso si de cuando en cuando hemos tenido dificultades y cometido errores de planificación, esta política fue, social y económicamente, una política básicamente sana.

Dedicamos también una parte mayor de nuestro producto nacional a la educación. La fuerza motriz ha sido en alto grado la exigencia de una justicia democrática: dar a todos los jóvenes la posibilidad de una buena formación, independientemente de su extracción social. Por ello hemos apostado, en una gran medida, sobre una amplia educación: una escuela básica y una escuela secundaria solidaria, una educación de adultos para las generaciones que encontraron cerradas las puertas de la enseñanza cuando eran jóvenes. Ha hablado de la formación del mercado de trabajo; se trata en cierta medida de nuestra segunda universidad. Aproximadamente 200.000 personas se benefician de la educación comunal para adultos en las materias escolares ordinarias, 30.000 en las grandes escuelas populares, un millón en los círculos de estudios, varios miles en la formación sindical. Tenemos una compañía de producción especial para la formación de los adultos en la televisión y hemos abierto, con buenos resultados, universidades para personas sin conocimientos particulares, sin bachillerato, etc. Se estima que de los 5 millones de suecos adultos que existen, dos millones han tomado parte el pasado invierno en algún programa de formación de adultos. Al mismo tiempo sabemos que para un país como Suecia, el capital educación es de una importancia decisiva para nuestras posibilidades de progreso económico. Durante el periodo en que fui ministro de Educación tuve varias veces la oportunidad, sobre todo en el marco de la UNESCO, de exponer de manera profunda nuestros puntos de vista sobre cuestiones de educación. No iré más lejos en ese tema. Pero voy a decirles que en 1967, en Viena, nos ocupamos de la educación de las élites, y en 1969 nos reunimos en París y todo el mundo habló de la educación como una de las bases de la justicia social. Algo ha ocurrido entre estas dos fechas.

La política social de los años 30 tenía como designio hacer desaparecer la pobreza de las masas. En la postguerra se imponían dos objetivos principales: por una parte crear un sistema de seguridad social capaz de garantizar al hombre un nivel de vida bien protegido en caso de vejez, de enfermedad, de paro o de accidente; por otra parte, hacer esfuerzos especiales para grupos marginados de la sociedad. El gran logro se ha producido durante los años 60. En total, la política social cuesta ahora aproxi-

madamente 40 mil millones de francos, la mitad de cuya suma va a los cuidados médicos y al seguro de enfermedad, 16 a 18 mil millones a los ancianos y 7 mil millones a las familias numerosas. Resulta evidente que la política social exige mucha solidaridad entre los ciudadanos y un sentido comunitario. Pero estoy persuadido de que la seguridad en la sociedad moderna tiene un alcance claramente productivo.

De lo que acabo de decir resulta que en Suecia el sector público es mayor que en otros países.

Esto significa que los impuestos son más elevados. Es un problema de dosificación que ocasiona sin cesar una discusión animada. Pero permítanme hacer las siguientes observaciones: la expansión del sector público y el aumento de los impuestos no han impedido un aumento muy sensible del consumo privado.

El decenio en que el sector público ha aumentado más aprisa, los años 60, ha sido, al mismo tiempo, el decenio en que hemos tenido el crecimiento económico más rápido que jamás tuvimos. En numerosas esferas del sector público, la expansión ha sido tan potente que, en un futuro inmediato, no tenemos necesidad de seguir creciendo al mismo ritmo. Esto nos permite concentrar nuestros esfuerzos en terrenos en los que existen todavía carencias muy flagrantes, por ejemplo el cuidado de los niños, y dejar más lugar a la ampliación y a la reforma de la producción industrial.

Esta es la forma en que hemos buscado construir una sociedad del bienestar, en la que la cantidad de progreso económico se combine con una calidad acrecentada de la vida de los hombres. Hemos cometido errores, tenemos defectos y faltas, notas sombrías y claras en nuestra visión de la sociedad. Pero durante todo el tiempo hemos percibido que la dirección estaba clara, que estábamos en el buen camino. La cuestión más interesante es la de saber qué problemas están ahora en el primer plano del trabajo político para los años venideros. Voy, en el resto de mi exposición, a plantear el problema que considero como más importante.

La política del bienestar ha sido orientada, en lo esencial, hacia la situación fuera de la verdadera vida, la de la producción. La educación prepara a los hombres para entrar en la producción. Los alojamientos, las carreteras, las centrales eléctricas, los cuidados médicos constituyen una organización básica necesaria en la producción. Damos apoyo a quienes, por diversas razones, deben dejar la producción porque están enfermos, se han hecho demasiado viejos, han perdido su trabajo o están acabados. La legislación sobre la duración del trabajo y las vacaciones concede un tiempo de ocio después de la producción y nosotros buscamos, por medio de una política cultural y un apoyo a la vida al aire libre, aumentar las posibilidades de los hombres de enriquecer sus ocios.

Todo esto es hermoso y bueno. Pero sin embargo no es suficiente. Aún queda mucho por hacer en este sentido en Suecia y en otros países.

En efecto, estoy convencido de que numerosos problemas de los años 70 hay que buscarlos en la situación de la propia vida de producción. Es importante realizar una renovación de la producción por medio de nuevas fábricas, nuevas máquinas y nuevos métodos de producción, con toda seguridad. También es importante realizar una renovación social de la existencia de los hombres en la producción. La necesidad de una renovación social puede leerse principalmente en las reacciones de la juventud de todos los países. Existe una tendencia en los jóvenes de los países industrializados a evitar el trabajo industrial. Siempre existen causas concretas para tales reacciones y por ello hay que estar muy atentos. Voy a examinar algunas de estas causas.

La industria moderna se caracteriza por una fuerte racionalización de los métodos de producción en las diversas ramas. Esta racionalización es necesaria. El movimiento sindical sueco toma posiciones positivamente, por principio, respecto de la racionalización, puesto que aumenta la capacidad de pago de los salarios. Pero en concreto también implica el riesgo de despidos, un ritmo de trabajo cada vez más duro, formas de salarios que estimulan la productividad pero que implican simultáneamente que las posibilidades de ganancia declinan en proporción al número de años: La juventud sabe esto. No hay que extrañarse de que se oriente hacia empleos que tengan mejores condiciones de contratación, formas de salarios menos apremiantes, mejores garantías de ganancia asegurada.

El mundo se sensibiliza hoy a los problemas del medio ambiente. La Conferencia que acaba de tener lugar en Estocolmo constituye un acontecimiento importante. No siempre se ha prestado atención, ciertamente, al hecho de que el marco del trabajo industrial es un aspecto muy importante de los problemas del medio ambiente. Los sindicatos suecos han efectuado encuestas extraordinariamente profundas en los medios de trabajo. Se confirma que aproximadamente el 80% de los obreros industriales suecos sufren riesgos de salud en su lugar de trabajo. Se trata del ruido, de accidentes, de materias tóxicas, de desgaste físico. Esto es generalmente conocido, los jóvenes lo oyen contar en casa. Cobra importancia cuando piensan en su porvenir; tomemos dos jóvenes de una quincena de años. Han crecido juntos y han ido a la misma escuela. Uno continúa los estudios universitarios, tiene un trabajo poco penoso físicamente en un medio sin polvo y sin ruido. El otro coge un pesado trabajo industrial. Después de 10 ó 15 años, comienza a oír menos, después de algunos años quizá le duela la espalda. Si su lugar de trabajo está lleno de corrientes de aire, quizá tiene reuma. Cuando estos dos hombres que estaban en tan buenas condiciones hasta los 20 años, tengan 50, un médico podrá sin duda observar grandes diferencias en su estado de salud. ¿Por qué? Porque uno de los dos ha sido sometido a grandes fatigas en la vida de producción. En la sociedad moderna existe, y ello es satisfactorio, una tendencia a la democratización, a la explosión de las viejas jerarquías que datan de los tiempos de la sociedad marcada por las clases.

Pero en los lugares de trabajo el peso del ayer se deja sentir todavía. Existen diferencias en el trato social de las diversas categorías de empleados que no tienen una motivación racional. Hay un proceso de decisión

jerárquica y métodos de trabajo cada vez más automatizados que dejan poco lugar para la iniciativa personal. El 90 ó 95% de los jóvenes suecos reciben hoy una formación de 11 o 12 años. Tienen así un fondo educativo muy distinto del de las generaciones precedentes.

Aprenden en la escuela, además, que tienen derecho a la participación, a la influencia democrática y a la decisión tomada según un orden democrático. Ven demasiado poco de todo esto cuando entran en su vida de trabajo. En ella no hay gran cosa que haya cambiado. Mi predecesor, Tage Erlander, ha subrayado la tensión que nos amenaza por el hecho de nacer en las democracias modernas. Exigimos que los ciudadanos estén bien informados y que formen su propio juicio sobre las cuestiones más complicadas. Deben tener una opinión sobre el porvenir de Europa, la orientación de la política agraria, la importancia necesaria de las reservas de valores, etc. Sin embargo, en la vida de trabajo que llevan, la mayoría de los hombres no encuentran apenas utilización para estos conocimientos. En ella deben adaptarse a las instrucciones y a las órdenes. No pueden decidir ni siquiera la posición que debe tener su cuerpo cuando se ocupan de sus máquinas. Un técnico, un ingeniero, un psicólogo que sale de una gran escuela llega y les dice que deben mantenerse en esta postura o en aquélla. Menos aún pueden decidir cualquier cosa sobre las máquinas de la fábrica, la forma del lugar de trabajo, lo que la fábrica debe producir, etc.

No es mi intención pintarlo todo inútilmente de negro. Ha habido en mi país, y en otros, mejoras claras en este campo. Pero creo, a pesar de todo, que una gran parte del nerviosismo y de la impotencia que conocen los hombres en la sociedad industrial moderna puede explicarse por las condiciones concretas que acabo de exponer. Esta es una explicación también de la atmósfera de revuelta y de la nostalgia romántica por el pasado que son los rasgos que se encuentran en todos estos Estados industrializados. Todo ello alimenta la ilusión de que se puede buenamente resolver los problemas aplastando de prisa un sistema existente, o restableciendo un sistema que la evolución ha superado hace mucho tiempo. Pero la utopía o el ideal pierden su atractivo si no son más que una nostalgia hacia un futuro difuso o un pasado aún más difuso. No son interesantes más que si se relacionan con la realidad y pueden influir en el comportamiento, en el presente. Entonces se puede modificar y cambiar el sistema. Lo que prueba que el fracaso, igual que la causa, es función de la utopía. Hay que actuar ahora. Debemos atacar los problemas por el sesgo de las reformas prácticas graduables. Estas exigen, como siempre, paciencia. En Suecia lo hemos intentado.

Permítanme darles algunos ejemplos. Preparamos una ley que debe dar una seguridad de empleo mayor en el mercado de trabajo, ante todo para los más viejos. Apostamos sobre una amplia reforma del medio de trabajo. Entendemos de ese modo que los empleados deben tener la posibilidad de actuar directamente sobre la forma a dar a su propio lugar de trabajo. Experimentamos diversas vías para edificar la democracia industrial. Una de ellas, principalmente, es una ley que debe dar a los empleados el derecho de representación en el Consejo de Administración en todas las

grandes empresas. Pero somos plenamente conscientes de que tal representación en la administración de las empresas no es suficiente. No es más que un eslabón en la democratización. Cuanto más se coloca en la base, en el taller, las posibilidades directas de influir en las decisiones; tanto más toma una significación importante la democracia. Con este fin trabajamos en modificaciones importantes de nuestro código de trabajo.

Una política así orientada implica un ensanchamiento del concepto tradicional de bienestar que tendrá verdaderamente consecuencias radicales para todo el medio industrial.

Naturalmente se plantea la cuestión de saber si esto implica una amenaza para la evolución económica. Estoy persuadido de que no debe ocurrir esto obligatoriamente. Si nos abstenemos de reformar la vida del trabajo, los hombres van a huir, tanto como puedan, del trabajo industrial, lo que tendría consecuencias devastadoras para el desarrollo económico. Toda nuestra experiencia demuestra que una renovación social lleva consigo también un estímulo para la economía. En definitiva, el progreso debe fundarse en la confianza en el porvenir de los grandes grupos de asalariados. Esta confianza debe anclarse en una evaluación positiva de la situación del trabajo profesional práctico en la sociedad moderna. Esta evaluación positiva no debe quedarse en frases generales. Debe traducirse por medidas prácticas que mejoren las condiciones de trabajo de los hombres y la calidad de su vida.

Mi tarea era hablaros de la experiencia sueca. He aprovechado esta ocasión para exponeros algunos problemas que aún no hemos resuelto de manera satisfactoria. Creo que este enfoque se justifica teniendo en cuenta también el hecho de que estos problemas son o serán muy pronto comunes a todos los países industrializados. Pero no es de mi incumbencia hablar del crecimiento: he evitado abordarlo. Se habla a veces del modelo sueco. Personalmente, he reaccionado siempre en contra. Pues un modelo presupone algo alcanzado, acabado, pero por ello también estancado. Ahora bien, nosotros no hemos alcanzado en absoluto todo aquello hacia lo que tendemos.

Estamos lejos de ser perfectos. Por el contrario, tenemos muchas faltas y fallos. Y no tenemos verdaderamente los medios de detenernos, porque no habría entonces experiencia sueca. Pero de lo que, por el contrario, se puede hablar es de un método de trabajo sueco. La experiencia sueca podría quizá servir de prueba en cuanto a la posibilidad de cambiar una sociedad de manera democrática, en colaboración con los grandes grupos de asalariados. Nuestra misión es la de continuar probando la posibilidad de un progreso social. Esto se hará mejor acercándonos de manera vital y concreta a los principales problemas de los hombres en la sociedad industrial moderna.

Y lo que es preciso decir es que no somos víctimas de las fuerzas anónimas o de la libertad de mercado sino que los hombres tienen la posibilidad de construir juntos su porvenir si eligen la vía de la democracia y la vía de la solidaridad y de la comunidad entre ellos.

Capítulo II
CARTAS A
KREISKY Y BRANDT

“La socialdemocracia es más que un partido
con la obligación de administrar la sociedad.
Nuestro deber consiste en transformarla”

OLOF PALME

17 de marzo de 1972

Querido Willy, querido Bruno:

Un debate sobre programas de partido y prácticas de gobierno tiene especial interés por el hecho de que la socialdemocracia es más que un partido con la obligación de administrar la sociedad. Nuestro deber consiste más bien en transformarla. A lo largo de toda nuestra historia se ha desarrollado una intensa discusión ideológica acerca de los objetivos a conseguir a largo plazo y se puede decir que siempre hemos vivido en tensión entre nuestros proyectos para el futuro y las posibilidades reales de cada momento.

La razón inmediata por la cual considero necesario sostener este debate es mi impresión de que el socialismo democrático se halla ante un reto. Este reto viene dado por las confrontaciones características del desarrollo de la sociedad, que ocasionan intranquilidad e inseguridad en el ánimo de las personas, tanto en lo que se refiere a los problemas cotidianos como a las cuestiones que se plantean para un futuro más lejano.

No hay duda alguna de que la sociedad está hoy más politizada que, por ejemplo, al final de la guerra mundial. Se ha agudizado la conciencia de la gente ante nuestros propios problemas fundamentales y también ante cuestiones que afectan a toda la humanidad. Pero al mismo tiempo se advierte una tendencia al apoliticismo, un cierto menosprecio de la política, del trabajo político y de la democracia representativa. Esta actitud es aprovechada por nuestros adversarios de derecha y de izquierda; así, desde distintos sectores se afirma que en el parlamento y en los diversos grupos políticos sólo nos ocupamos de cosas sin importancia. Según este punto de vista, los políticos menosprecian —o evitan tomar una postura clara ante ellos— problemas fundamentales para el progreso de la humanidad, tales como el crecimiento de población, el avance tecnológico y la destrucción del medio ambiente. Al mismo tiempo, hay una evidente sensación de que otros problemas muy diferentes y mucho más próximos —por ejemplo, subidas de precios, expectativas de empleo, estándar de vida, etcétera— tampoco están solucionados. Hay exigencias sociales que llevan implícita una limitación en el crecimiento económico y otras que, por el contrario, suponen una expansión económica.

La mayoría coincidimos en que todo el mundo —incluidos quienes no

tienen medios económicos— debe recibir cuidados médicos iguales en caso de enfermedad. Asimismo, nos parece evidente que las posibilidades de recibir una educación adecuada no deberían depender del nivel de ingresos de los padres de los estudiantes.

Pero si somos de la misma opinión en este aspecto, también deberíamos estar de acuerdo en que con ello nos hemos comprometido a hacer ciertos sacrificios en pro de una política de solidaridad. Vivimos tiempos en que los hombres plantean a la sociedad exigencias cada vez mayores. En la mayoría de los casos estas exigencias están justificadas, ya que supondrían una mayor seguridad e igualdad de derechos. Pero, al mismo tiempo, resulta difícil hacer comprender que a la sociedad deben facilitársele los medios necesarios para cumplir con sus obligaciones. Es un deber de la democracia y del socialismo satisfacer estas reivindicaciones, diferentes y en parte contradictorias. Esto sólo se puede llevar a cabo mediante una política constructiva, enmarcada en un proceso democrático que confiera al hombre una mayor perspectiva y relacione los problemas de hoy con los que se plantearán en el futuro.

El socialismo democrático es un movimiento liberador. La lucha de la clase obrera por la liberación halló su expresión organizativa en el movimiento obrero. Esta lucha tenía diversos aspectos; se trataba, sobre todo, de aumentar la producción, hacerla más efectiva y organizarla de modo distinto. Igualmente importante era lograr una más justa distribución del producto social a través de una legislación adecuada, de una política de impuestos y, en suma, de un conjunto de medidas sociales y políticas que garantizaran una mayor seguridad e igualdad de derechos para todos los ciudadanos.

Pero las aspiraciones a la libertad llegan aún más lejos. La clase obrera desea librarse de la opresión que ejercen sobre ella los capitalistas a través del control del poder económico. Hacer posible la democracia en todos los ámbitos de la sociedad y sustituir el simple ejercicio de poder por formas democráticas de organización laboral y comunitaria era, y sigue siendo, el núcleo del socialismo democrático.

Los partidos conservadores están dispuestos a recorrer con nosotros una parte de este camino pero, debido a que sus posturas se basan en una ideología liberal-capitalista, no pueden ni quieren intervenir en la vida económica de la sociedad, aún cuando la seguridad y el pleno empleo de los ciudadanos exigen, con frecuencia, esa intervención.

Nuestra lucha, la del socialismo democrático, por la democracia en todos los ámbitos de la sociedad significa que —al contrario del conservadurismo— debemos representar una imagen positiva y optimista del hombre. El conservadurismo ve al hombre como una criatura que debe ser controlada de distintos modos por una élite de detentadores del poder, por la jerarquía de la sociedad de clases. La estratificación social y económica se utiliza como medio para ejercer ese control. En nuestra opinión, esto conduce a una minimización de la persona, limita sus posibilidades de realización e impide que se forme y se afiance una auténtica comunidad en el seno de la sociedad. Naturalmente, el socialismo democrático es también una ideología que plantea ciertas exigencias; exige que aumente

la autorresponsabilidad y que lo comunitario, el bien común, sea colocado en primer término. Como ideología exige ante todo una gran solidaridad, pues solamente a través de ésta puede el hombre ser dueño de su propio destino y construir el futuro. De lo contrario, el hombre verá cómo ese futuro lo configuran fuerzas anónimas, tecnócratas o estructuras de poder.

Somos nosotros, los socialdemócratas, quienes debemos formular las tareas del socialismo democrático. Si no lo conseguimos, nuestra sociedad perderá la única alternativa posible frente al capitalismo y al conservadurismo. Creo que el debate iniciado por Willy Brandt debe proseguir con la discusión del concepto "democracia" y de la cuestión "reformismo o revolución, reformas transformadoras o correctoras del sistema".

Democracia y socialismo son para nosotros inseparables. Nuestros partidos escogieron pronto ese camino y poseemos una larga tradición que nos ofrece posibilidades creativas. Me parece indispensable recordar las circunstancias de formación del movimiento obrero y las condiciones en que se realizó esa elección. Quizá podamos creer a veces que la democracia ya ha sido realizada para siempre, pero el accidentado debate que hemos vivido en los últimos años nos muestra que el significado y las exigencias de la democracia y el reformismo deben ser aclarados a cada nueva generación. La historia del movimiento obrero sueco se distingue por una constante lucha en pro de la democracia y por una inquebrantable perseverancia en ella. Su punto de partida fue el mismo que el de los movimientos obreros organizados en otros países.

Un aspero clima social caracterizaba la existencia cotidiana de las gentes. El movimiento obrero disponía de una ideología que permitía explicar la situación vigente y al mismo tiempo mostraba el camino hacia un sistema social mejor.

La protesta por sí sola no bastaba. Por ello se creó una organización que debía conseguir esa transformación de la sociedad. Hasta aquí había acuerdo, pero las divergencias acerca del método a seguir eran grandes. Había grupos que creían en el total colapso de la sociedad y deseaban colaborar activamente a que éste se produjera. La revolución había de llevarles al poder para edificar una nueva sociedad sobre las ruinas del viejo orden.

Otros querían transformar la sociedad por medios pacíficos. Hablaban de paciencia y responsabilidad, pero al mismo tiempo abogaban por el cambio, por la decisión y la firmeza en la fijación de objetivos. El que se decidiera tomar el camino del reformismo estaba en parte motivado por las tradiciones históricas y las oportunidades reales. Así, el nivel general de educación del pueblo creó mejores condiciones para el trabajo democrático.

En Suecia, los movimientos populares democráticos desempeñaron un papel decisivo. Tuvimos tiempo de construir una tradición democrática y tuvimos éxito en el empeño.

La experiencia ha marcado nuestra postura respecto a la violencia revolucionaria. Por supuesto, estamos dispuestos a admitir que hay

situaciones en las se debe contemplar la violencia como última y desesperada salida. Muchos Estados han conseguido su liberación nacional de esta manera, pero, incluso en el caso de la lucha contra la dominación extranjera, se debe tomar la fuerza como última posibilidad, después de intentar la vía del convencimiento y la negociación, precisamente por querer evitar que se llegue a una situación de este tipo. Hay que reconocer, sin engañarse, que el recurso a la violencia cuesta innumerables víctimas, quizás incluso una generación entera, y siempre origina heridas y resentimientos incurables. He visitado países que lucharon largos años con las armas por su liberación. Quien ha participado en una revolución, no la convierte en un concepto romántico. No se toman las armas por simple deseo de lucha, sino para crear condiciones que permitan la construcción de una nueva sociedad, ya que es al día siguiente de la revolución cuando comienza el trabajo cotidiano y difícil de transformación.

Es interesante que en muchos países del tercer mundo se intente introducir procesos democráticos en esa tarea de construcción. No podemos esperar que países que no poseen nuestra tradición democrática y que han sufrido la opresión colonial y sangrientas dictaduras se transformen de la noche a la mañana en democracias a nuestra imagen y semejanza. Por eso debemos contemplar como muy positivos todos los esfuerzos que conduzcan a una mayor influencia de las masas en el sistema.

Para nosotros existe una línea divisoria frente a quienes hacen de la violencia un valor romántico y la aceptan complacidos como un instrumento de lucha política. Los actos de violencia —de palabra y de obra— son expresión de una táctica golpista revolucionaria propia de minorías.

En los países industrializados del oeste de Europa, los que han defendido la violencia como medio necesario para la transformación de la sociedad, han representado casi sin excepción posturas elitistas, llámáranse o no comunistas o anarquistas. Estos defensores de la violencia revolucionaria piensan que la clase obrera debe ser representada por un partido de élite, formado por militantes cuidadosamente escogidos y rígidamente instruidos. Se atribuyen este papel, no porque ello corresponda a los deseos de los trabajadores, sino porque creen poseer una mayor sabiduría en base a su conocimiento del marxismo-leninismo.

Aquí nos hallamos de nuevo en la línea divisoria. La socialdemocracia no es un partido de élite y no lo ha sido nunca; somos, y seguiremos siéndolo, un movimiento popular. La transformación de la sociedad*se tiene que conseguir con el acuerdo del mayor número posible de personas. Esta idea está profundamente enraizada en el socialismo. El compromiso activo de la gente en pro de la democracia tiene un valor propio, pues nada se valora tanto como las realizaciones en las que uno ha contribuido personalmente. Permitir que el futuro sea configurado por un déspota o por una élite presuntamente ilustrada no es mejor que si son fuerzas anónimas las encargadas de hacerlo.

Siempre me ha resultado difícil comprender por qué pensadores elitistas y partidarios de la violencia revolucionaria han podido autodesignarse portadores de una tradición socialista y marxista enraizada en Europa Occidental y en su humanismo. Al pretender representar a la clase obrera por

su mejor entendimiento y mayor conocimiento del "verdadero" contenido de las enseñanzas de Marx y especialmente de Lenin, los distintos grupos han venido rivalizando en ser mejores exégetas que los demás. Esto no ha conducido más que a la división y a la formación de sectas.

En un reciente artículo, el profesor Robert Heilbroner¹ ha advertido de la tendencia de ciertos marxistas a transformar la filosofía en teología y a condenar con petulancia todos los caminos excepto el que ellos mismos defienden. Así, el marxismo se convierte en dogma.

De esta actitud se desprende que hay que desechar todas las reformas realizadas. La razón de este rechazo no hay que buscarla en el significado real de las reformas para la sociedad o para los individuos, sino en el hecho de que éstas han sido efectuadas por "reformistas", por socialistas democráticos y, por tanto, de entrada, sólo tienen un valor "corrector" del sistema, pues lo único que podría transformar el sistema sería su completa eliminación. No se presta atención a lo que viene después de la revolución. Robert Heilbroner llama a esto servirse de la revolución como "solución momentánea".

La democracia, el movimiento popular en sentido amplio y el reformismo están relacionados y se condicionan mutuamente. Hemos defendido estas ideas en todos los sentidos. La fidelidad a la democracia, el respeto al orden fundado en el derecho, la renuncia a la fuerza como medio de lucha política, la exigencia de que la política se elabore a partir de un debate público han sido vividos en Suecia como algo que da seguridad a la gente. En general, todos saben que se puede confiar en la socialdemocracia en estas cuestiones decisivas para la sociedad.

Nuestra meta es extender el proceso de democratización a nuevos ámbitos y esto significa que no podemos olvidar ni un solo instante nuestras obligaciones para con la democracia. Para garantizar lo ya conseguido en materia de democracia, es necesario que ésta se extienda a otros aspectos de la vida comunitaria.

Los partidarios de la revolución en nuestra sociedad se han dividido en los últimos años en sectas cada vez más pequeñas y numerosas en las cuales libran sus contiendas internas por "la pureza de la doctrina". Nosotros no tenemos tiempo para fantasías revolucionarias, pues tenemos demasiado que hacer para mejorar la sociedad. No podemos permitirnos ninguna clase de juegos oportunistas con la violencia, ni de palabra, ni de obra. Nos importa, sobre todo, proteger la seguridad de las personas y su confianza en la convivencia pacífica y en las decisiones democráticas tomadas.

Así, en tanto que la democracia significa seguridad, es también en sí una fuerza transformadora del sistema. Una vez ha echado raíces, es ya irreversible. Antes bien, se plantea la pregunta de ¿por qué tiene que haber ciertos aspectos de la sociedad cerrados a una transparencia y a un control democráticos? ¿Cómo puede la democracia ampliarse y adquirir nuevas formas?

Quien renuncia al trabajo democrático, pierde definitivamente la ocasión de fundamentar el desarrollo social en el compromiso y la

confianza del pueblo y de aprovechar las posibilidades de la democracia como fuerza transformadora del sistema. Con ello se da prueba de indiferencia frente a los problemas del ciudadano medio.

Vivimos en un ámbito cultural cuya tradición está determinada por ideas y valores éticos. En Europa, el socialismo democrático está —como dice Willy Brandt citando el programa de Bad Godesberg— «enraizado en la ética cristiana, en el humanismo y en la filosofía clásica». Esta tradición está profundamente afianzada en nosotros.

Pero lo que viven principalmente los seres humanos son los problemas cotidianos y para lograr el compromiso de la gente no basta con ideas abstractas. La estrecha relación entre ideas y cuestiones prácticas debe ser explicada, hay que indicar caminos para resolver esas cuestiones. Un país subdesarrollado consigue la independencia después de años de dominio colonial. ¿Por qué puede ser ganado el pueblo para el principio de independencia nacional? Porque de la independencia deriva la posibilidad de construir una nueva sociedad y liberarse de la pobreza. No basta con decir "hemos de cambiar el sistema". Cada esfuerzo en esa dirección tiene que estar basado en la solución de los problemas de los hombres, en la satisfacción de sus necesidades de seguridad, progreso y desarrollo.

Esto entronca con nuestros esfuerzos por tener una visión de conjunto. Como ideología y filosofía política, el socialismo plantea elevadas exigencias intelectuales, pero, al mismo tiempo, es sumamente práctico. La unión entre la difícil teoría y el trabajo práctico sólo podremos alcanzarla mediante una amplia discusión democrática.

En los años treinta, la socialdemocracia sueca consiguió trasladar a la praxis esta visión de conjunto al solucionar la crisis de empleo. Con ello se sentaron las bases para la intervención de nuestro partido en la reorganización de la sociedad.

La falta de trabajo en los años treinta no era sólo un problema económico, sino también una crisis de la democracia. La democracia debe mostrar su actividad social. Pero la concepción liberal-democrática suponía también una limitación; según esa concepción, el Estado no debía intervenir en la economía de mercado para procurar a sus ciudadanos trabajo y seguridad. La solución que se aplicó significaba, en la práctica, liberar a la democracia de esa limitación. Ahora nos encontramos de nuevo con la misma problemática. Las diferencias de ingresos amenazan con acentuarse. Están en marcha descomunales procesos de concentración de capital y de traslado de población. Los obreros pierden su empleo, el medio ambiente está amenazado por una degradación creciente.

Estos son problemas transcendentales en la vida cotidiana de las personas, que ocasionan fácilmente una sensación de inseguridad frente al futuro. En caso de que la democracia no pueda vencerlo, existe el peligro de una situación de anarquía, el peligro de que se desarrolle una conciencia elitista o de que fuerzas antidemocráticas se hagan con el poder.

Es necesario revitalizar y renovar la democracia desde la base. La estructura de decisión democrática, orientada con arreglo a las necesidades

de las personas, corre peligro de decaer como consecuencia del proceso tecnológico, de la concentración económica, del rápido proceso de reasentamiento de la población y de la complicación de los procesos administrativos. El desarrollo de la democracia industrial se convierte así en la cuestión clave.

También a nivel nacional debe extenderse la democracia a nuevos ámbitos. Las fuerzas de la técnica y de la economía son decisivas para la configuración del futuro. Si los hombres desean hacerse cargo de ese futuro, estas fuerzas deben ser dirigidas y controladas democráticamente. Esto significa que debemos contar con una economía más planificada. Como ejemplo, puedo citar que actualmente en Suecia estamos trabajando en un plan de ordenación y aprovechamiento del suelo de todo el país.

En mi opinión, la economía de mercado no puede ofrecer una solución válida para estos problemas. Estamos ante tareas de capital importancia para el desarrollo de la sociedad. Decisiones tan importantes no se deben dejar en manos de intereses privados. No podemos permitir que el afán de lucro y el espíritu de competencia determinen la estabilidad del medio ambiente, la seguridad de empleo o el desarrollo técnico. No se trata ya de economía planificada y de mayor democracia en la vida económica, sino de cómo debe ser confeccionada esa planificación y cómo se debe organizar el control democrático.

Un cordial saludo,

O.P.

1. Economista y escritor norteamericano. Se han publicado en España sus libros *Los límites del capitalismo americano*, Kairós, Barcelona, y *Entre el capitalismo y socialismo*, Alianza, Madrid, 1972.

OLOF PALME

Carta de 10 de mayo de 1973

Querido Bruno, querido Willy:

La última carta de Willy Brandt llegó a mis manos durante la campaña electoral alemana, que aquí en Suecia fue seguida con mucho interés. Ya sabemos que la socialdemocracia obtuvo una gran victoria. Naturalmente, nos alegramos mucho del éxito de un partido hermano con el cual, además, tenemos una relación tan estrecha. El resultado electoral en la República Federal no sólo nos ha alegrado en este aspecto, sino también por lo que tiene de punto de inflexión en la política europea. Vosotros, los socialdemócratas alemanes, habéis introducido un nuevo elemento en la política: la liquidación de las consecuencias del pasado. Con ello se ha abierto la posibilidad de conseguir un largo período de paz, lo cual hubiera sido imposible sin la colaboración alemana. La política alemana demuestra un gran sentido de la realidad, y ha hecho posible una distensión que, sin duda, significará mayor seguridad para todos los pueblos de Europa.

Para continuar nuestro debate, quisiera decir un par de cosas acerca de la "imagen realista del hombre", de la cual habla Willy Brandt. Es muy posible que mi concepción al respecto sea demasiado optimista, pero creo que la diferencia entre nuestras respectivas apreciaciones no es, ni mucho menos, tan grande.

Willy Brandt habla de una imagen realista del hombre y dice: «Después de la gran oscuridad, después de Auschwitz e Hiroshima, después de Núremberg y de My Lay, hemos aprendido hasta qué extremos de barbarie puede retroceder el hombre; cuán poderosas son las fuerzas que se oponen a la organización de la paz en una sociedad digna». Estoy completamente de acuerdo con estas opiniones. Hace algunos años escribí un artículo sobre la matanza de My Lay, y en él concluía que ese acontecimiento —al igual que otros parecidos en otras guerras, en otros países y en otros sistemas sociales— muestra cómo «los hombres, en determinadas ocasiones en las que disminuye el control comunitario, y por tanto el odio, el desprecio mutuo y el terror pueden desarrollarse libremente, están dispuestos a acometer toda clase de brutalidades que contradicen los más elementales valores de una sociedad civilizada. Quienes participan en tales atrocidades no son necesariamente monstruos; incluso puede tratarse de hombres completamente normales. Nadie de entre nosotros puede estar seguro de cómo reaccionaría en una situación parecida, y no podemos descartar la posibilidad de que nuestro propio subconsciente posea una tendencia a la crueldad y al comportamiento inhumano».

La imagen que tengo del hombre es optimista porque pienso que el ser humano tiene una gran capacidad para la solidaridad, para la comprensión de circunstancias ajenas y para la responsabilidad común ante el futuro. Sin embargo, mi optimismo no está exento de reservas. Como dice Willy Brandt, continuamente tenemos ejemplos de los extremos de odio y barbarie a que podemos llegar los hombres. Pero incluso la maldad no es nunca absoluta; la barbarie surge solamente en determinadas situaciones. Lo esencial es que se consiga impedir que lleguemos a esas situaciones, y éste es claramente un problema político.

En Suecia también está próximo el enfrentamiento electoral, que se presenta extraordinariamente duro. Sobre los resultados no puedo hacer ningún pronóstico, pero nuestra confianza ha aumentado en los últimos meses. Los años anteriores han estado llenos de problemas económicos. El malestar que se ha apoderado de todas las naciones industriales es también ostensible en nosotros. Frecuentemente, nos hemos visto obligados a afrontar los problemas sin tener la mayoría absoluta en el parlamento. En tales situaciones, la responsabilidad de gobierno se convierte en una carga que no sólo pesa sobre la fracción parlamentaria del partido, sino que también exige a los demás miembros del partido una buena dosis de lealtad y de confianza. Pero la socialdemocracia no podía desprenderse de esa responsabilidad, pues ello hubiera ocasionado una mayor inquietud entre la población. El que hayamos podido superar con éxito las dificultades es, en primer lugar, un mérito del partido. Siempre me ha sorprendido esta capacidad de nuestro partido para asumir responsabilidades en momentos difíciles, y frecuentemente me he dicho que esta capacidad de respuesta, esta paciencia, constituyen formidables soportes para la democracia.

Si algo hemos tenido claro en todo momento es que para un partido socialdemócrata es imprescindible renovar continuamente la política. Las posibilidades de éxito del reformismo están precisamente en intentar solucionar los problemas sociales que se plantean en la actualidad a través de una renovación de la política.

En este punto puedo conectar con lo que dice Willy Brandt sobre la calidad de vida. En los últimos años, todos nosotros hemos estado inmersos en esta discusión acerca del crecimiento económico y sus límites, acerca del progreso material y el precio que tenemos que pagar por él: el progresivo deterioro de la naturaleza y del hombre. La necesidad de proteger nuestro medio ambiente y preservar las riquezas naturales se ha convertido, con razón, en un problema político de primer orden. Para nosotros, éstos son problemas sumamente concretos, que están muy íntimamente relacionados con la cuestión de si estamos en situación de mejorar la calidad de vida o tendremos que soportar un empeoramiento de la misma.

Cuando reflexionamos acerca de estos problemas, llegamos a una conclusión evidente: si se quieren mejorar las condiciones de vida de las personas de modo duradero, se ha de comenzar por mejorar sus condiciones de trabajo. No quiero decir que éste haya sido un aspecto olvidado, pero se puede decir que en otros tiempos —sobre todo en la postguerra— había unas necesidades mucho más acuciantes.

Al principio, la lucha del movimiento obrero se concentró en reivindicaciones tales como la protección de la salud de los trabajadores, la jornada de ocho horas, vacaciones reguladas por la ley, seguro de desempleo, etc. Más tarde, los esfuerzos sindicales se dirigieron hacia una mayor calidad de las condiciones de trabajo. Estos esfuerzos contaron con el apoyo de la mayor parte de la sociedad, pero las medidas que se han tomado hasta ahora afectan sobre todo a las condiciones de vida extralaborales. Así, hemos preparado a la juventud para la vida laboral a través de un mejor sistema educativo, hemos cuidado de la protección de los trabajadores frente a la enfermedad o el desempleo por medio del servicio de seguridad social y hemos procurado una situación más digna para aquellos que se retiran de la vida laboral mediante una reforma del seguro de jubilación.

A través de estas medidas hemos podido acumular una valiosa experiencia sobre el modo de influir en la situación económica de las personas y de mejorar sus condiciones de vida.

Con una adecuada política de impuestos, con la redistribución de la renta en base a las necesidades comunitarias y con otras medidas de carácter social, hemos conseguido fomentar la igualdad económica entre distintos grupos de población.

La actual discusión acerca de los límites del crecimiento ha provocado en algunos un cierto menosprecio frente a una política de crecimiento y frente a los progresos materiales ya conseguidos. Esta posición muestra una cierta pérdida de respeto frente a la pobreza y miseria que experimentaron las generaciones pasadas, las cuales emplearon esa experiencia precisamente para desterrar la miseria y la pobreza. Muchos grupos sociales viven aún en condiciones de subdesarrollo. Creo que entre las generaciones anteriores ya existía una amplia conciencia del significado de la demo-

cracia industrial y de la necesidad de construirla; precisamente, en las discusiones que tuvieron lugar en los comienzos de nuestro movimiento, este tema ocupó un lugar preponderante, pero en la mayor parte de los casos no hubo una actuación práctica al respecto. Ahora nos aproximamos a un estudio en el cual estas cuestiones pasarán de nuevo a primer plano. Así pues, no descubrimos nada nuevo al decir que las condiciones de trabajo cotidiano son de una decisiva importancia para la sociedad. Esta idea está íntimamente relacionada con los problemas prácticos a los que nos enfrentamos diariamente, y también con los esfuerzos para ampliar el significado del término "asistencia social". Con este término se relacionan, sobre todo, los seguros de enfermedad, de desempleo, las pensiones para la vejez, etc. Sin embargo, creo que se le puede dar también una nueva dimensión.

Hay algunos ejemplos que podrían ilustrar este concepto. El primero se refiere a las condiciones de asistencia sanitaria, que son esenciales para el bienestar humano. Hemos conseguido erradicar las enfermedades típicas de una situación de pobreza y terminar con los males derivados de la miseria. La tuberculosis y la mortalidad infantil ya no aparecen casi en las estadísticas. Sin embargo, si observamos la frecuencia con que aparecen otro tipo de enfermedades —tales como agotamiento, lesiones de la columna vertebral, etc.— descubriremos que en la distribución de las mismas se revelan profundas diferencias sociales. La única explicación para ello es que determinados trabajos suponen un peligro para la salud de las personas. Hasta el momento, hemos conseguido limitar los riesgos de enfermedad para los jóvenes y para las personas que no ejercen oficios manuales, pero para los trabajadores adultos, las garantías de salud son aún insuficientes. Después de treinta o cuarenta años, la salud de quienes deben efectuar un trabajo corporal pesado corre serios peligros. Así pues, hay que concluir que, dadas las modernas condiciones de trabajo, los casos de enfermedad que aparecen derivados de esas condiciones demuestran un desequilibrio social en el aspecto sanitario. Y no olvidemos que la igualdad en materia de salud es una condición indispensable para la superación de las clases sociales. Ya hemos avanzado mucho en este sentido, pero nos queda aún un largo camino por recorrer.

El segundo ejemplo se relaciona con el debate acerca de la protección del medio ambiente. En estos momentos nos estamos ocupando intensamente de la degradación de la atmósfera, el agua y el suelo. Los peces muertos y los pájaros envenenados por los desechos industriales constituyeron las primeras señales de alarma. Por supuesto, era fácil deducir que los más perjudicados por la contaminación debían haber sido los propios trabajadores. Durante muchos años los obreros que trabajaban en industrias contaminantes han estado respirando aire envenenado, manejando productos tóxicos y padeciendo en puestos de trabajo que no ofrecen garantías de seguridad. Llegamos a la conclusión de que una mejora en las condiciones de producción no sólo sería un paso decisivo en la protección del medio ambiente, sino que también reduciría riesgos para la salud de los trabajadores.

Nuestra crítica a la sociedad moderna no se basa en que ésta se defina por un alto nivel de vida resultante de una producción eficaz y de un

continuo crecimiento económico. En este sentido, creemos que los fallos del proceso productivo pueden ser corregidos. Nuestra crítica se dirige principalmente contra el precio que hay que pagar por el progreso y contra las formas de crecimiento irreflexivas. Por eso nos planteamos la pregunta de si la productividad y la existencia humana y digna son compatibles. Creemos que la respuesta está principalmente en una reforma de las condiciones de trabajo.

Los caminos para alcanzar esa renovación resultarán, en gran medida, de la capacidad de la sociedad para responsabilizarse frente al desarrollo. Si ponemos en práctica la planificación, podremos prever mejor las consecuencias de nuestras decisiones y evitar de un modo más efectivo la explotación y agotamiento de riquezas naturales insustituibles. Hay que tomar medidas legales en materias en las que es imprescindible la responsabilidad y el consenso de toda la sociedad. También aquí cabe exponer algunos ejemplos: por espacio de varios años, en Suecia hemos elaborado el proyecto de cómo regular el aprovechamiento del agua y de los recursos del suelo. El proyecto está listo y ya ha sido aprobado por el parlamento. Esto supone que ahora estamos en condiciones mucho más favorables para prevenir y solucionar los conflictos de intereses que puedan presentarse en este aspecto. Por último, la industria sabe qué terrenos no podrán ser utilizados de ahora en adelante para fines industriales. También nos hemos ocupado durante años en trazar las líneas maestras de un plan que tiene por objetivo repartir por todo el país, de modo equilibrado, la producción, los servicios y otras actividades económicas. También este plan cuenta con el visto bueno del parlamento. De este modo, disponemos de unas líneas de actuación que nos serán de gran utilidad en nuestros esfuerzos para lograr un equilibrio geográfico y ecológico del país. Estos planes contribuirán a controlar el crecimiento de las grandes ciudades y a proveer de mejores servicios a los territorios poco habitados y con escasa densidad industrial. La economía de mercado no puede cumplir por sí sola con estos cometidos. Por eso las fuerzas de mercado deben ser dirigidas.

Mi tercer ejemplo sobre la manera cómo el Estado puede procurar una mayor calidad de vida para los ciudadanos se refiere a un ámbito muy distinto a los anteriores. Actualmente estamos empeñados en la tarea de reformar profundamente la legislación en materia de consumo. Hemos creado el departamento de protección de consumidores (*Ombudsman*) y al mismo tiempo estamos intentando reforzar la posición jurídica y económica del consumidor frente a los industriales y los vendedores.

Para una renovación social de las condiciones cotidianas de trabajo es necesaria, en primer término, la colaboración de todos los individuos. El trabajo no es sólo un medio de subsistencia; también es uno de los más importantes medios de realización personal que tienen los hombres. Para que esa realización sea efectiva, es muy importante que todo el mundo pueda intervenir —individualmente o como comunidad— en las decisiones que atañen a su trabajo. De lo contrario, éste se convierte en algo carente de sentido y los hombres se ven abocados a la frustración y, por lo tanto, al empobrecimiento espiritual.

En todos estos planteamientos no hay que entender que un trabajo poco cualificado suponga una merma en la propia dignidad. Cualquier activi-

dad, incluso la más sencilla, adquiere un sentido para el hombre cuando puede ser socialmente interrelacionada con otras actividades. De todos modos, y precisamente para tratar de evitar los desequilibrios excesivos, la democratización de la vida laboral es de capital importancia.

Por eso, en nuestras reformas, nos esforzamos en combinar las leyes que aseguren un puesto de trabajo para todos con medidas de democratización. El derecho de las personas a la participación está fundado en el Derecho, y dar un contenido real a ese derecho en el trabajo cotidiano es tarea de las organizaciones sindicales y de todos los trabajadores. De este modo, los sindicatos están educando a miles de sus miembros para cumplir con esa tarea de afianzar la influencia de los trabajadores en la economía, no como simple fuerza de trabajo sino como elementos decisivos en el proceso económico.

La democratización de la vida laboral encuentra una decidida oposición en aquellos que ven en ella algo insólito y amenazador que puede poner en peligro las condiciones necesarias para la actividad económica. La democratización laboral afecta al libre juego de las fuerzas económicas; el poder se reparte entre muchos. Pero estos mismos argumentos fueron empleados para oponerse a la lucha por la democracia política y a los esfuerzos de los trabajadores para organizarse sindicalmente. También se usaron argumentos semejantes para oponerse a reformas sociales que hoy en día parecen evidentes a todo el mundo.

Sin embargo, a través de estas medidas se ha logrado transformar paulatinamente las relaciones de poder. Y los temores de que estas transformaciones empeorarían la sociedad o contribuirían a limitar la libertad se han revelado sin ningún fundamento. Mi concepto de los hombres es tan optimista que creo que es posible convencer hasta a aquellos que se muestran escépticos de antemano. Tage Erlander ⁽²⁾ dijo hace poco que esperábamos que los ciudadanos fueran capaces de formarse una opinión propia acerca de temas complicados como las fluctuaciones de la economía y las cuestiones de política internacional. El que ahora nos esforcemos en llevar a cabo una reforma de las condiciones de trabajo significa que partimos de un principio que, en las naciones industriales y en el periodo de crecimiento después de la guerra, fue frecuentemente sustituido por otros valores. Entonces se veía el trabajo como un mal necesario; la emancipación y la realización de la persona sólo podían tener lugar en el ocio. Había que distanciarse del trabajo y desquitarse de sus sinsabores a través del consumo.

Tenemos que comprender que el trabajo continuará teniendo un papel preponderante en la vida de las personas, por lo menos en un futuro previsible. Es en el trabajo donde se debe buscar mayor calidad de vida y emancipación. En caso contrario tampoco podremos alcanzar mejoras decisivas en aquellos aspectos de nuestra existencia que están fuera de la esfera laboral.

Para hacer posible este progreso, hay que seguir distintos caminos, según las circunstancias que concurren en cada momento. Conjuntamente con los representantes de las organizaciones de trabajadores, hemos elaborado el siguiente programa, que desempeñará un papel importante en la campaña electoral sueca:

1. El ambiente de trabajo debe ser mejorado; hay que eliminar toda clase de peligros en el lugar de trabajo. Esto se conseguirá a través de una legislación entre cuyos puntos principales está el que la opinión de los expertos en materia de seguridad en el trabajo deberá ser respetada y cumplidas sus indicaciones.
2. El puesto de trabajo será garantizado y regulado legalmente, por ejemplo, mediante una prolongación del plazo de aviso de despido y por la implantación de ayudas a los despedidos.
3. Los trabajadores recibirán más información sobre la marcha de la empresa y tendrán una mayor influencia en la gestión de la misma, estando autorizados a enviar representantes a los consejos de administración. Así, ocho mil asalariados se sentarán pronto en los consejos de administración de todo el país.
4. De acuerdo con los sindicatos de trabajadores y de asalariados, hemos decidido sugerir al Parlamento que el fondo estatal de pensiones obtenga el derecho de adquirir acciones de empresas privadas. El fondo de pensiones se nutre de las contribuciones de los asalariados y su capital asciende actualmente a 60.000 millones de coronas. De éstos, 500 millones se destinarán a la adquisición de acciones para nutrir el capital industrial y asegurar con ello los puestos de trabajo. Al mismo tiempo, con esta medida se conseguirá que los trabajadores asalariados tengan una mayor influencia en la economía.
5. Además, nos proponemos fortalecer la posición de los asalariados en sus negociaciones con los patronos y ampliar su ámbito de actuación para que los sindicatos puedan defender mejor sus intereses.

El programa se compone de distintos puntos, y cada uno de ellos es esencial. Pero, sobre todo, hay que contemplarlo como un conjunto de medidas que permitirá a los asalariados tener una influencia más decisiva a todos los niveles de la economía, desde los problemas cotidianos hasta los procesos de decisión de mayor alcance. Por último, hemos querido unir las demandas de seguridad y progreso con las de un mayor control de desarrollo técnico y económico.

Estoy convencido de que éste es uno de los más importantes cometidos de la socialdemocracia en las naciones industriales. Una tarea cuya realización tiene un significado cada vez mayor a los ojos de los hombres: unir progreso material con objetivos sociales cada vez más ambiciosos. Ni los partidos burgueses ni los comunistas están en situación de cumplir este cometido. Los programas de ambos tienen rasgos fuertemente elitistas y la extensión de la democracia es, en esencia, antielitista. Los partidos burgueses —aunque quieren “andar con nosotros una parte del camino”— están limitados por el hecho de que quieren preservar el libre juego de las fuerzas económicas. En el pasado ya hemos tenido muchos ejemplos de que esta posición conduce a la pasividad, si no a la parálisis, cuando se trata de afrontar problemas sociales acuciantes. Esto se repetirá, a menos que se intente solucionar los problemas de la sociedad industrial desde una perspectiva más renovadora. Por su parte, desde hace algunos años, los partidos comunistas de Europa Occidental están sometiendo a revisión los principios dogmáticos que habían considerado válidos durante dece-

nios. Se trata de un proceso doloroso, que en Suecia condujo a una escisión en el seno del partido comunista. Aquí los comunistas están paralizados políticamente y hace mucho tiempo que no aportan al debate político del país ninguna alternativa propia. Para los comunistas de Europa Occidental hay dos alternativas: el retroceso al estalinismo o una nueva vía que conecte con la tradición del socialismo democrático. La primera posibilidad lograría devolver a los comunistas la confianza en sí mismos, pero, por otra parte, aunque solucionara sus problemas internos, les impediría por completo afrontar los de la sociedad y los de los individuos. Sin embargo, si escogen la segunda posibilidad, no harán sino alejar más y más su praxis de las primitivas tesis del comunismo.

Por tanto, es la socialdemocracia la que tiene el deber de renovar democráticamente las condiciones de trabajo y contribuir con ello a mejorar cualitativamente al conjunto de la sociedad.

Creo que éste puede ser el principio de un trabajo conjunto entre los partidos socialdemócratas de Europa Occidental. Pienso en las palabras de Willy Brandt: «Tendríamos que procurar dar a la socialdemocracia europea una mayor consistencia y calidad». Los problemas de la vida laboral tienen un interés práctico inmediato para todos los asalariados de Europa y, por supuesto, también tienen una importancia especial en el debate sobre el progreso político, económico y social que ha tenido lugar en los últimos años.

Esperamos y confiamos que se aproxime un periodo de distensión y seguridad para Europa. Con la ampliación de la Comunidad Económica Europea y la firma de tratados comerciales con los países neutrales, las grandes cuestiones político-comerciales del continente quedan solucionadas, lo cual constituye una circunstancia muy favorable para esta parte del mundo. Ahora es necesario crear una política laboral europea que dé a los progresos ya conseguidos una nueva dimensión en el aspecto social.

Estas ideas tienen relación con un problema que menciona Bruno Kreisky en su última carta: los grupos económicos multinacionales y la concentración del poder económico, cuestiones que tienen un interés inmediato para los organismos sindicales. Pienso que tenemos una buena oportunidad para estrechar los contactos entre el movimiento sindical y la Internacional Socialista.

Un cordial saludo,

O.P.

(2) Tage Erlander, dirigente histórico del Partido Socialdemócrata sueco, fue primer ministro de 1946 a 1970, en que le sucedió Olof Palme.

OLOF PALME

Carta de 29 de abril de 1974

Querido Willy, querido Bruno:

El parlamentarismo en Europa se encuentra en una situación completamente caótica. Muchos temen que el futuro de la democracia sea problemático.

El veterano ministro suizo de finanzas, Celio, declaró hace poco que «los años setenta se están revelando como un período en el cual resulta extraordinariamente difícil gobernar». A la vista de los resultados electorales en casi todos los países democráticos de Europa, la afirmación de Celio queda ampliamente demostrada. Los socialdemócratas austríacos y alemanes han logrado afirmarse en el gobierno a través de una ampliación de su base parlamentaria, y el partido socialdemócrata sueco ha sido el único de Europa que ha superado dos pruebas electorales en lo que va de década sin perder el poder. Así pues, (nosotros) podemos estar contentos, y sin embargo ninguno de nosotros se atrevería a afirmar que la responsabilidad de gobierno es una situación exenta de problemas. Por lo demás, ha habido cambios de gobierno —a veces incluso varios en un mismo país— en Inglaterra, Italia, Noruega, Dinamarca, Finlandia, Islandia, los Países Bajos y Bélgica.

No obstante, las derrotas electorales de los partidos en el gobierno no significaron siempre éxitos de las respectivas oposiciones sino que en muchos casos se registró un avance de los pequeños partidos, los grupos regionales o las formaciones extremistas de derecha y de izquierda que obtuvieron el voto de los descontentos. El avance de los grupos marginales o extremistas afectó particularmente a los países escandinavos, que hasta ahora habían sido muy estables en la distribución de fuerzas en el sentido de que la inmensa mayoría de los votos se concentraba en el centro, evitando ambos extremos. Creo que este cambio —aunque ligero— en la tendencia electoral es un tema que debe preocuparnos.

La consecuencia de esta atomización del voto ha sido en muchos países la formación de gobiernos minoritarios con una base parlamentaria frágil, así como coaliciones que, con frecuencia, son extraordinariamente difíciles de mantener. Sólo existen gobiernos de clara mayoría parlamentaria en Austria y Francia. En el primer caso, se trata de una estabilidad auténtica, y en el caso francés, es el sistema electoral el que condiciona la distribución de escaños, favoreciendo claramente a los gaullistas.

En estas condiciones, cada vez resulta más difícil llevar a cabo una actividad política eficaz en todo el continente europeo. Sin duda hay muchas razones para ello. Una podría ser la desconfianza de los electores frente a los políticos establecidos, tema que ha ocupado innumerables páginas en los periódicos. Sin embargo, esta explicación es demasiado simplista para resultar creíble y definitiva.

Es evidente que hay motivos que justifican una crítica a los partidos y a los políticos, tanto los que están en el gobierno como los de oposición. Pero no hace falta tener una perspectiva marxista para descubrir que las

causas de esta situación son más profundas y que el desarrollo de la situación política está íntimamente relacionado con la estructura económica.

Los avatares políticos que vivimos en la actualidad podrían definirse como "secuelas" de la sociedad industrial. En el aspecto material, los años posteriores a la guerra mundial registraron un progreso extraordinario. La producción en nuestros países se incrementó en más del doble, es decir, que en veinte años hemos alcanzado un índice de crecimiento igual que el logrado por todas las generaciones anteriores. Naturalmente, este crecimiento contribuyó a crear un clima de expansión y de optimismo en todos los sentidos. El nivel de vida de amplias capas de la población trabajadora mejoró notablemente. La miseria de otros tiempos pudo ser eliminada y se lograron grandes progresos en muchos aspectos; por ejemplo, en materia de seguridad social, educación y vivienda. Con ello, los hombres se sintieron sin duda más libres y más seguros. Así, tanto los empresarios como los sindicatos y los políticos pudieron aprovechar el progreso material de la sociedad. El *slogan* de Harold McMillan en las elecciones británicas de 1959 decía *Life is better with the conservatives* (la vida es mejor con los conservadores), y Konrad Adenauer advertía: «Nada de experimentos». También, para ser sinceros, hay que reconocer que la victoria electoral que alcanzó la socialdemocracia sueca en 1960 estaba basada en el *slogan*: «Hagamos que los buenos tiempos sean mejores».

Sin embargo, poco a poco se fue perdiendo la conciencia del precio que se había pagado por ese espectacular crecimiento económico: degradación del medio ambiente, personas excluidas del proceso laboral, cambios bruscos en las estructuras sociales y, en muchos casos, un progresivo declive social propiciado por la excesiva concentración de poder económico y la tecnificación deshumanizadora. Además, hay que contar con la inflación, cada vez mayor, que contribuye de manera especialmente notable a crear un clima de inseguridad frente al futuro.

Esta inseguridad ante los problemas propios se ve aumentada por el desarrollo de los acontecimientos en todo el mundo. En la era de los medios de comunicación de masas, casi todo el mundo es consciente de los complejos problemas que sufre la humanidad, tales como superpoblación, miseria y escasez de alimentos. Además, las continuas guerras y crisis locales que se dan en ciertas partes del mundo nos recuerdan la fragilidad de todos los esfuerzos que se han hecho hasta ahora para lograr la paz y el entendimiento entre los hombres.

Los tiempos en que se creía en un progreso ilimitado y de bajo coste económico y social han pasado definitivamente. Por el contrario, cada vez tenemos indicios más claros de que las materias primas existen en cantidades limitadas, de que la degradación del medio ambiente y los cambios climatológicos amenazan las bases de la existencia humana y de que la explosión demográfica y la escasez de alimentos alcanzan unas proporciones alarmantes.

Las advertencias de los científicos han contribuido poderosamente a una toma de conciencia ante estos graves problemas, y siguen contribuyendo a la búsqueda de soluciones o a la adopción de métodos más racionales en la explotación y administración de las riquezas naturales. Así, en un simposium de las Naciones Unidas celebrado recién-

temente en Estocolmo, se llegó a la conclusión de que «utilizados de manera racional y responsable, los recursos naturales tales como minerales, energía, suelo y agua, pueden ser suficientes para cubrir las necesidades de la población mundial por espacio de muchos decenios». Para que esta previsión se cumpla, es preciso crear una organización política a escala mundial que se encargue de regular el reparto de los recursos naturales. Si estos recursos son utilizados de modo racional, es de prever que se llegará antes a una situación de crisis mundial por causas políticas que a un conflicto debido a una escasez mundial de reservas.

Si falta la confianza en la posibilidad de hallar una solución a estos problemas, la inseguridad y la sensación de impotencia ante un futuro amenazador crecerán inevitablemente. En el mundo actual, resulta demasiado fácil perder la perspectiva y descuidar los grandes objetivos sociales y humanos. Sólo la unión, la confianza y la seguridad podrán llevarnos a una situación más segura y más justa.

Las comparaciones históricas son siempre problemáticas; no obstante, me imagino que en los años veinte se dió una situación parecida a la actual en algunos aspectos. Igual que ahora, se había dejado atrás un periodo de progreso material sin parangón en la Historia y, sin embargo, no se consiguieron evitar las crisis cíclicas de la economía, el desempleo y la miseria de grandes masas de seres humanos. Nadie estaba en condiciones de ofrecer otras alternativas que la de continuar como hasta entonces o la de transformar totalmente la sociedad. En el fondo, se trataba de una crisis política que paralizaba toda iniciativa y toda capacidad de acción, conduciendo irremisiblemente al derrumbamiento de la democracia. El sentido de solidaridad se tambaleaba en todas partes, la desconfianza y la inseguridad fueron terreno propicio para toda clase de doctrinas falsas y para políticos que capitalizaban el descontento general en provecho propio. Finalmente, aparecieron los "hombres fuertes" que habrían de "salvar" al mundo. No es necesario recordar en qué horrible pesadilla acabó todo aquello; aún hoy lo recordamos perfectamente. Pero también debemos recordar que, en algunos países, la democracia encontró la energía y la capacidad de respuesta necesarias para eliminar las amenazas que se cernían sobre ella. Esto fue posible precisamente porque en esos países se consiguió revitalizar la fe en el futuro y el sentido de solidaridad.

Como ya he dicho, actualmente vivimos una crisis política que en algunos aspectos puede compararse a la de entonces. Sin embargo —y éste es un aspecto que la diferencia—, la crisis actual tiene sus fundamentos en circunstancias y problemas que rebasan las fronteras de Europa Occidental. Hoy en día existen dos superpotencias "no europeas" que ejercen una influencia dominante sobre el mundo entero. El potencial político y militar se ha ido acumulando progresivamente en ellas. Al mismo tiempo, los resortes del poder económico se han ido concentrando y se ha formado un macrosistema económico a nivel mundial que, directa o indirectamente, está también en manos de las dos superpotencias que representan los dos modos de organización —comunismo y capitalismo— que forman ese macrosistema.

Pero ¿qué es lo que hay bajo esas dos máscaras de poder? ¿Qué representan esos dos gigantescos aparatos de poder? Representan dos

sistemas políticos distintos. Los ideales que proclaman tienen su origen en la Ilustración europea, en el liberalismo y en el socialismo. Dos concepciones políticas que tuvieron carácter revolucionario.

Una de las dos superpotencias —Estados Unidos— está organizada como una sociedad genuinamente capitalista y actualmente atraviesa una grave crisis política. Su poder exterior está en abierta contradicción con la incapacidad de sus dirigentes para resolver los enormes problemas y tensiones sociales que se dan en el interior. La guerra del Vietnam ha dañado gravemente los ideales de la sociedad norteamericana, y en la actualidad se plantea el problema de Latinoamérica, dominada por señores feudales y explotadores extranjeros que sostienen a dictadores derechistas y Juntas Militares. Los Estados Unidos parecen incapaces de comprender y afrontar de modo constructivo el proceso de liberación que ya está en marcha en el subcontinente latinoamericano. La posición norteamericana frente a la lucha de los pueblos latinoamericanos por la libertad es tan estrecha de criterios y corta de miras como lo fue la que sostuvieron en los casos de China y Vietnam frente a personajes como Mao Tsé Tung y Ho Chi Minh. Los Estados Unidos se sienten amenazados siempre que un pueblo pobre lucha por su liberación nacional y social, pero esa liberación es necesaria e inevitable.

La otra superpotencia —la Unión Soviética— representa un sistema que desde hace cincuenta años está estancado en el dogmatismo y en el burocratismo. El sistema soviético reacciona frente a los movimientos de liberación en su propio campo con escepticismo y desconfianza, y en los casos más agudos con los tanques, pero no existe ninguna duda de que estos movimientos de liberalización continuarán en distintas formas, ya que también son necesarios e inevitables.

Durante largo tiempo, los conservadores europeos han puesto a los Estados Unidos como ejemplo de la superioridad del capitalismo, mientras que, a sus ojos, el ejemplo de la Unión Soviética descalificaba para siempre el socialismo.

A la campaña de descrédito del socialismo emprendida por los conservadores de derecha han contribuido en gran medida los partidos comunistas de Europa Occidental, que desde su fundación estuvieron ligados a la Unión Soviética y se organizaron con arreglo a los mismos principios rigurosamente centralistas que aplicó Lenin al estructurar el Partido Comunista de la Unión Soviética. Asimismo, los comunistas europeos tomaron a la Unión Soviética como modelo y orientaron sus objetivos a lograr una sociedad parecida a la que la revolución estableció en Rusia. Este planteamiento ha causado grandes perjuicios, no sólo a esos partidos sino a la idea socialista en general.

Durante decenios, los sistemas imperantes en los EEUU y la URSS han sido considerados como las dos grandes alternativas políticas y, durante decenios también, ambos sistemas han encontrado partidarios en los más diversos lugares. El capitalismo promete a los hombres libertad, democracia y progreso. Los comunistas prometen a los hombres libertad, democracia y progreso.

Por supuesto, ambos sistemas han tenido éxito en ciertos aspectos. Como Estados, los EEUU y la URSS se han dado cuenta —por fortuna para el mundo— de que, dado el gigantesco potencial militar de que disponen, tienen que cooperar para evitar la total destrucción del mundo que se derivaría de una guerra nuclear. Este es el contenido constructivo de la política de distensión, en la cual deben participar todos los países de modo constructivo. Ello quiere decir que, en muchos aspectos, tenemos que cooperar y estar dispuestos a dialogar con Estados que representan sistemas sociales distintos del nuestro.

Por otra parte —siguiendo con la comparación entre las superpotencias—, es un hecho que ni el capitalismo, que tiene como portavoz a los EEUU, seguido de todos los conservadores y capitalistas occidentales, ni el leninismo, representado principalmente por la Unión Soviética y sus países satélites (así como los partidos comunistas europeos), han podido conseguir sus objetivos sociales. El fracaso de estas dos ideologías puede suponer para Europa la posibilidad de librarse de la influencia de las dos superpotencias.

Tanto el liberalismo conservador que profesan los capitalistas norteamericanos como el marxismo que representa la Unión Soviética tienen sus raíces en Europa. El marxismo, con su creencia en el hombre y su libertad, con sus reivindicaciones de auténtica democracia, fue completamente falseado por el leninismo. Por su parte, las ideas de igualdad democrática propias del liberalismo fueron corrompidas por el proceso de concentración del poder económico y por las grandes diferencias resultantes de la división de la sociedad en clases. La labor de los socialistas democráticos en Europa sufrió ataques de ambos bandos; tanto el capitalismo como el bolchevismo se consideraban enemigos de la socialdemocracia.

En la actualidad, podría creerse que las fuerzas progresistas de Europa pueden encontrar de nuevo sus raíces y sus originarias ideas de democracia social, dado el debilitamiento sufrido por los dos sistemas dominantes, pero esto no es nada seguro. Al contrario, en las circunstancias actuales pueden producirse tensiones que aparten aún más a las fuerzas progresivas de Europa de su verdadera identidad.

En la izquierda, que antes se proclamaba monolítica, existen ahora muchos desencuentros y tensiones internas. Hay grupos de todos los matices; trotskistas, estalinistas, leninistas y muchos otros grupúsculos y sectas que luchan entre sí con criterios elitistas y excluyentes. Además, la izquierda elitista está marcada por su propia praxis, que ha demostrado su incapacidad de influir en el desarrollo social y conducirlo hacia nuevas metas. Al contrario, los izquierdistas aportaron un soplo de aire fresco a la política, deshaciendo malentendidos y dando nuevas ideas para el debate político, pero luego sufrieron un proceso de estancamiento. No aceptaron otro método que el de la confrontación y, ante los fracasos, desarrollaron una tendencia enfermiza a jugar el papel de mártires. Esta tendencia llegó a tal extremo, que un político izquierdista, para tener alguna resonancia, debía someterse a una marginación absoluta, mientras que cualquier otro político que gozara de alguna influencia era presentado como "traidor".

En el lado conservador sucedió algo parecido. Los conservadores repiten una y otra vez los viejos tópicos acerca de la superioridad de la iniciativa privada, la libre empresa y la libre competencia, e insisten en sus críticas al Estado, que según ellos representa una amenaza para la libertad. No obstante, tan pronto como estas ideas fueron aplicadas en la práctica, sufrieron una quiebra total.

En los países gobernados por conservadores se han adoptado medidas de control estatal sobre la economía, tales como subvenciones estatales, reglamentaciones estatales y fuertes medidas de control en materia de política social. Estas medidas se han adoptado con una rapidez que nosotros, los socialdemócratas, jamás hubiéramos supuesto dada la ideología de los partidos conservadores, que preconizan justamente lo contrario. En realidad, esto no es más que una prueba en contra de la doctrina conservadora, una prueba que nos muestra que los conservadores han tenido menos escrúpulos que la socialdemocracia en servirse del Estado para sus propios fines. La cuestión es en interés de *quién* se está utilizando o se ha utilizado el Estado.

Por otra parte, es indiscutible que en los países gobernados por conservadores hay más conflictos y confrontaciones sociales y existen mayores diferencias y contradicciones entre los diversos grupos sociales que en los lugares donde se ha intentado llevar a cabo una "política de bienestar" constructiva y coherente, encaminada a conseguir la igualdad y seguridad de todos los ciudadanos.

Cuando una política conservadora fracasa, conduciendo a luchar y confrontaciones sociales, los sectores derechistas tienden a echar la culpa de sus propias contradicciones a los más pobres y a los marginados, exigiendo un control más férreo de las organizaciones obreras y un respeto más estricto a los privilegios de la clase dominante. En este caso, surge una grave tensión política que puede dar lugar a una peligrosa polarización de fuerzas, con la consiguiente radicalización de los dos bandos, los derechistas y los izquierdistas. Esta polarización provoca el abstencionismo político de la mayoría de los ciudadanos, con lo cual la sociedad puede caer en manos de intereses partidistas y doctrinarios. Asimismo, la idea de solidaridad se disipa y surge un gran malestar en la vida política, que puede conducir a un derrumbamiento de la democracia. Como ya sabemos por amarga experiencia, la descomposición del sistema democrático a causa de tensiones y radicalizaciones políticas desemboca en la implantación de sistemas totalitarios tales como el fascismo o el comunismo dogmático, que imponen a toda la sociedad un orden rígido e inmutable y destierran de la vida política toda noción de respeto mutuo o tolerancia.

Para evitar procesos de descomposición como el que he descrito, la socialdemocracia tiene el deber de atraer a la mayoría de los ciudadanos a la actividad política, con el fin de construir una alternativa válida frente al capitalismo privado y al capitalismo de Estado de signo estalinista. Este deber es tanto más importante si tenemos en cuenta que la socialdemocracia representa la tradición política progresiva de Europa y entronca con el auténtico socialismo, humanista y democrático.

No podemos negar que hemos cometido muchos errores en el pasado, tanto en el aspecto internacional como en nuestro propio desarrollo interno, pero, no obstante, nuestra posición es más libre y progresiva que la del capitalismo o la del comunismo. La tradición del socialismo democrático nos obliga a tener en cuenta los condicionamientos sociales de los individuos, a prestar atención a las relaciones entre los ciudadanos y a situar en el centro de nuestra labor política el empeño de construir una verdadera comunidad. Asimismo, nuestra tradición nos exige solidaridad, altruismo en nuestras relaciones individuales y comunitarias. Pienso que en la sociedad actual ésta es una buena tradición. Pese a todo, con la tradición no basta. Debemos llevar a la práctica nuestras ideas y cabe plantearse la pregunta de «¿qué posibilidades tiene actualmente la socialdemocracia europea de realizar sus proyectos y cumplir sus promesas?».

En la actualidad, la socialdemocracia es la fuerza política más poderosa de Europa Occidental. La posición parlamentaria de nuestros respectivos partidos es más fuerte que nunca. De los quince países democráticos de Europa Occidental hay siete al frente de cuyos gobiernos están los socialdemócratas (República Federal Alemana, Austria, Gran Bretaña, Noruega, Países Bajos, Finlandia y Suecia), en otros tres países, la socialdemocracia participa en el gobierno aunque no lo presida (Italia, Irlanda y Suiza). En cuatro países gobiernan partidos o grupos netamente burgueses (Francia, Bélgica, Luxemburgo y Dinamarca) y en Islandia gobierna una coalición de partidos socialistas, populistas junto con grupos burgueses.

Sin embargo, el tener la responsabilidad del gobierno no basta para llevar a cabo una política propia e independiente. La socialdemocracia sólo tiene mayoría absoluta en Austria y en los demás países debe gobernar mediante coaliciones con partidos burgueses o a través de gobiernos minoritarios.

Así pues, la socialdemocracia se encuentra en una situación complicada. Por un lado, es lo suficientemente fuerte como para participar en la elaboración de la política gubernamental, aunque para ello deba colaborar con grupos y tendencias de planteamientos muy distintos. Y, por otro lado, no tiene bastante fuerza como para llevar a cabo una política enteramente socialdemócrata.

Una situación ambigua como ésta puede hacernos perder la confianza de los ciudadanos, pero creo que no tenemos otra opción. La socialdemocracia debe ser consciente de sus responsabilidades frente a la democracia, y procurar que ésta siga siendo una forma de gobierno eficaz. Los hombres y la sociedad exigen hechos y no discusiones sutiles, por lo tanto, la socialdemocracia debe responsabilizarse de la eficacia del parlamento como órgano legislativo y administrativo. Para mantener esa eficacia, debemos estar dispuestos a aceptar soluciones de compromiso en ciertas cuestiones, si queremos llegar a algún resultado práctico. Esto es válido sobre todo para la política económica, pero también es aplicable a otros terrenos. No hay nada malo en ser lo suficientemente dúctiles como para ceder en algunos puntos, siempre que ello no implique renunciar a nada fundamental.

En un tratado acerca de la democracia que es ya un clásico, el profesor socialista danés Alf Ross dice que «el compromiso es la esencia de la democracia, y no tiene nada que ver con la ambigüedad de pensamiento o con la debilidad de propósitos». Y continúa diciendo que «para una mentalidad democrática no hay nada *comprometedor* en el *compromiso*», mientras que, por el contrario, quienes proclaman que la política parlamentaria no es más que un sucio negocio que se presta a toda clase de chalaneros y regateos, incompatibles con el honor y la sinceridad, «demuestran muy claramente sus posiciones fascistas».

Nuestro partido desea transformar realmente la sociedad, pero queremos llevar a cabo esta transformación con el *consensus* del pueblo y el acuerdo de sus legítimos representantes. Para ello hay que aceptar a veces ciertos compromisos, que colocan a la socialdemocracia en una posición delicada. Incluso algunos de nuestros partidarios consideran tales compromisos como una traición a los ideales del socialismo democrático o como un retroceso frente a las presiones de los grupos de poder económico.

Puede suceder que para los partidos conservadores esto sea más fácil, ya que en muchos países están acostumbrados a aceptar compromisos y acuerdos con grupos de muy distinto signo. Por el contrario, a nosotros se nos puede acusar de aceptar compromisos como táctica defensiva para evitar males mayores o como claudicación ante fuerzas más poderosas.

En estos tiempos difíciles para la democracia europea, si queremos que la socialdemocracia conserve su operatividad, sin perderse en compromisos que den al traste con su credibilidad y poder de transformación, debemos mantener y aumentar la fuerza organizativa de nuestros partidos. Si tenemos claros nuestros objetivos y nuestras prioridades y conservamos nuestra identidad política, podremos juzgar mejor lo que se puede y debe hacer en cada caso concreto.

¿Es todo esto posible? En el fondo, soy bastante optimista al respecto. La principal fuerza de la socialdemocracia está en su recia e inquebrantable tradición democrática. Evidentemente, los partidos socialdemócratas han cometido errores en su política. Por ejemplo, me parece que algunos partidos adoptaron una posición demasiado equívoca frente al problema de la liquidación del dominio colonial que sus países ejercían sobre otros pueblos. Sin embargo, el estudio de la historia europea nos muestra que los movimientos obreros de signo reformista han sido siempre considerados como los enemigos más peligrosos por parte de los dictadores, tanto de derecha como de izquierda, y como tales, han sido perseguidos con saña y aniquilados a cualquier precio. Nuestros partidos jamás han vacilado en la lucha contra la dictadura y vosotros dos sois dos ejemplos de esta lucha. La lucha por la democracia durante los años oscuros de dominio totalitario en Europa Central ha exigido grandes dosis de heroísmo. No acostumbramos a hablar de ello, pero ésta es una enorme fuerza que poseemos, tanto en la labor interna de formulación de una política válida, como hacia el exterior, en el empeño en lograr la confianza de los ciudadanos.

Asimismo, la socialdemocracia debe gran parte de su fuerza al arraigo que tiene en el pueblo. Una prueba de ello es la existencia en varios países

de gran número de militantes obreros y el trabajo conjunto de los partidos socialdemócratas con los sindicatos y otros movimientos populares. Esto representa un potencial electoral enormemente estable, sobre todo entre las clases trabajadoras. Por ejemplo, en Suecia, la fidelidad de los electores socialdemócratas es mucho mayor que la de los votantes de otros partidos. Ello se debe a que hemos representado siempre los intereses de los trabajadores, mientras que los conservadores han sido portavoces del capitalismo.

Nuestro arraigo en el pueblo nos recuerda continuamente que los resultados de la política deben reflejarse en la vida cotidiana de los hombres. Sobre todo, queremos mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y hacernos cargo de sus intereses y reivindicaciones. Esta constante referencia a la vida cotidiana nos previene eficazmente ante una excesiva teorización o ideologización de los problemas, vicios que afectan, sobre todo, a las pequeñas sectas políticas.

Nuestra política debe ocuparse de cuestiones prácticas e inmediatas, y esto implica que los socialdemócratas tenemos que vivir la vida cotidiana y no perder el contacto con las personas. De lo contrario, nuestras decisiones políticas no serán eficaces. Tanto los revolucionarios como los reaccionarios gustan de decir que los "reformistas" son fácilmente aniquilables con tal de eliminar al "pequeño y frágil grupo dirigente". Esta idea no me preocupa lo más mínimo, porque si sucediera esto, la socialdemocracia continuaría existiendo entre los hombres como pez en el agua. La socialdemocracia no puede ser aniquilada porque está profundamente enraizada en el pueblo.

En la actual fase de desarrollo de la sociedad industrial, podemos sacar más partido que nunca de los puntos principales de nuestro programa. La idea de libertad contenida en la doctrina del socialismo democrático, así como su constante lucha por la igualdad y la solidaridad, pueden hallar una especial resonancia entre los hombres en estos momentos.

Pero las ideas se deben realizar en el trabajo cotidiano, y si queremos aumentar nuestras posibilidades de conseguir una mayor fuerza parlamentaria y de alcanzar resultados prácticos, debemos intensificar la colaboración entre nuestros respectivos partidos. Es evidente que los éxitos y los fracasos de nuestros partidos, sometidos a debate conjunto y abierto, pueden ser de gran ayuda para la experiencia de todos. Y creo que es mejor que seamos nosotros mismos quienes reconozcamos nuestros fracasos, pues de lo contrario, ya se encargará de airearlos la prensa burguesa, siempre atenta a olfatear escándalos y malentendidos en los países gobernados por socialdemócratas. En la campaña electoral del año pasado, cuando estuve viajando por todo el país, me seguía continuamente una manada de periodistas conservadores llegados de todas partes de Europa para presenciar la "decadencia y caída" de la socialdemocracia sueca. Pocas veces he visto gente que se marchara tan decepcionada. Creo que la semejanza entre nuestros respectivos esfuerzos políticos es sorprendente. Por supuesto, hay diferencias entre los diversos países, y en determinados aspectos estamos en niveles de desarrollo distintos. Pero creo que no sería exagerado ni utópico trabajar conjuntamente para poder llevar a cabo —cada uno en su país— un programa genuinamente

europeo y socialdemócrata basado en los intereses de los trabajadores. Sin pretender ser exhaustivo, quisiera enumerar los siguientes puntos, en los que creo que debemos concretar nuestros esfuerzos comunes:

1. *Socialismo democrático.* Nos declaramos partidarios inquebrantables del mantenimiento del sistema democrático. Creemos que la vía reformista es la única que puede conjugar la transformación de la sociedad con principios fundamentales de la democracia tales como la libertad de expresión. El socialismo sólo se puede realizar si las personas se comprometen y colaboran en el empeño.

2. *Movimiento sindical fuerte e iniciativas ciudadanas vigorosas.* Muchos cometidos sociales importantes pueden hallar mejores soluciones en manos de organismos ciudadanos espontáneos que a través de medidas estatales o privadas. La potenciación de las iniciativas ciudadanas supone un fortalecimiento del compromiso e influencia de la comunidad en el trabajo social.

3. *Nivel de empleo.* Consideramos el pleno empleo como el objetivo político más importante y urgente. Pedimos trabajo para todos. La sociedad debe desempeñar un papel activo en lo que se refiere a crear nuevos puestos de trabajo y distribuir equilibradamente las posibilidades de empleo en las distintas regiones.

4. *Reforma de la vida laboral.* Para desarrollar la sociedad industrial es necesario reformar las condiciones de vida de los trabajadores; éstos, por su parte, deben tener influencia en la planificación y el desarrollo del trabajo. Las condiciones de trabajo deben mejorar con la colaboración de las organizaciones obreras y de los trabajadores. Por último, es preciso aumentar la seguridad en el trabajo.

5. *Queremos que los ciudadanos participen en las decisiones.* Hay que dar a los trabajadores mayor participación en las decisiones económicas. Es necesaria la democratización en todos los ámbitos de la sociedad y, en consecuencia, es preciso luchar contra la burocratización. Asimismo, la comunidad, a través del Estado, debe aumentar su control sobre el aprovechamiento y explotación de las riquezas naturales, tales como agua, suelo, energía y demás materias primas. También hay que aumentar la influencia de las organizaciones sindicales y de toda la sociedad en la elaboración de nuevos planes económicos.

6. *Servicios sociales.* Muchas necesidades son tan importantes que deben ser satisfechas independientemente de las posibilidades económicas de los individuos. Estas necesidades son, entre otras, los cuidados médicos en caso de enfermedad, la educación, protección y cuidado de los niños y ancianos. Satisfaciendo estas necesidades se desarrolla una mayor conciencia comunitaria entre las personas, al tiempo que se crean nuevos puestos de trabajo.

7. *Calidad de vida, progreso.* Nos oponemos enérgicamente a la amenaza que representa el consumismo para la calidad de vida, el sentido comunitario y la herencia cultural de la sociedad. Nos declaramos partidarios de la seguridad e igualdad sociales, de la construcción de un auténtico sistema de bienestar social y de una política activa en los terrenos cultural, ecológico y de defensa de los consumidores. La socialdemocracia pone espe-

cial énfasis en su deseo de autorealización e integración comunitaria para todos los hombres; por eso deseamos anteponer estos valores a una mera lucha por el crecimiento material.

8. *Igualdad de derechos para la mujer.* Hay que eliminar las discriminaciones que aún sufre la mujer en nuestra sociedad. Tenemos que colaborar activamente para que las mujeres obtengan mayores posibilidades de desarrollo en la política y en la sociedad. Los objetivos más importantes son la eliminación de prejuicios y la obtención de una igualdad de derechos entre hombres y mujeres en el trabajo, en la educación y en todos los aspectos. Evidentemente, esta igualdad de derechos debe estar garantizada por la ley. Asimismo, hay que adecuar las condiciones de trabajo de manera que la actividad laboral y la vida familiar sean fácilmente compatibles.

9. *Empresas multinacionales.* Las grandes empresas multinacionales aumentan la concentración de poder en manos privadas y debilitan la influencia democrática en decisiones económicas claves. Una mayor concentración económica hará aún más difícil de alcanzar la estabilidad de precios y conseguir un desarrollo social equilibrado. Para aumentar el control democrático y social sobre las empresas multinacionales es necesario un gran esfuerzo conjunto de gobiernos, partidos, sindicatos y demás organizaciones ciudadanas.

10. *Los inmigrantes.* La explotación que sufren los trabajadores inmigrados por parte de los empresarios contradice los más elementales principios de la socialdemocracia. Los trabajadores inmigrantes deben tener los mismos derechos que los indígenas, tanto en la vida laboral como en la sociedad. Hay que prestar especial atención a los problemas lingüísticos y de vivienda de los inmigrados, y encontrar soluciones rápidas y eficaces. También hay que dar una educación igualitaria a los hijos de los inmigrantes. Por último, las personas que lleven largo tiempo trabajando en el país, deben obtener el derecho a voto en las elecciones municipales del lugar donde viven.

11. *Solidaridad internacional.* Apoyamos los esfuerzos de las Naciones Unidas encaminados a conseguir la distensión y el desarme en Europa. Nos declaramos partidarios de promover y respetar la independencia nacional de todos los países, así como de salvaguardar el derecho de todos los Estados a disponer de sus propias riquezas naturales. También apoyamos la creación de un sistema de comercio internacional más justo. Por último, estamos dispuestos a apoyar y proteger los movimientos de liberación nacional, así como la lucha contra las dictaduras.

Estos puntos no son completos ni precisos, pero creo que sintetizan nuestros principales esfuerzos comunes. El criterio de los diversos partidos socialdemócratas respecto a estas cuestiones es indiscutiblemente parecido. Estos principios, en su conjunto, forman el perfil de la socialdemocracia en la Europa actual. Si hacemos más delimitado y comprensible este perfil a través de un debate programático abierto, si aprendemos los unos de los otros e intercambiamos experiencias, si colaboramos en la aplicación práctica de estos principios, creo que podremos alcanzar resultados de gran importancia para nuestro continente. Nuestro

éxito en este empeño tendría un significado decisivo en la existencia cotidiana de cien millones de personas.

Quisiera subrayar que debemos ofrecer una imagen decidida de nuestros partidos dejando bien claro que no tenemos la menor intención de ceder ante los ataques de las fuerzas reaccionarias ni de las doctrinas equivocadas que no ofrecen salidas válidas para el futuro. Si conseguimos conjugar nuestros esfuerzos cotidianos con nuestras ideas en una perspectiva de amplio alcance, estaremos en la mejor situación para que

nuestra política encuentre eco en los hombres. Asimismo, quisiera destacar que debemos orientar nuestros esfuerzos hacia una estrecha colaboración con los movimientos auténticamente populares. La socialdemocracia ha aprendido a tener responsabilidades — en el gobierno, en el parlamento y en otros organismos estatales y comunales—, pero no podemos olvidar nunca que el partido y los órganos que dependen de él pertenecen a la base. Nuestra fuerza y nuestra capacidad en el gobierno y en el parlamento vienen dadas por el compromiso activo de las personas en nuestras organizaciones; por lo tanto, es en el pueblo donde debemos buscar nuestra identidad y nuestra fortaleza.

Esta carta trata casi íntegramente de la situación de la socialdemocracia europea, pero no por ello es mi intención aislarme en los propios problemas y dejar de lado las cuestiones políticas que se plantean en el resto del mundo. Si la socialdemocracia europea quiere ocupar el lugar que le corresponde en la política mundial, tiene que ser consciente de su propia fuerza y de su propia solidaridad, y debe defenderla y acrecentarla.

Las conversaciones que he sostenido durante los últimos años con representantes de países del Tercer Mundo me han demostrado que esos países buscan su propio camino en un mundo como el actual, sometido a una notable polarización de fuerzas. Los países pequeños tienen miedo del creciente poder de las superpotencias (y esta afirmación también es válida para algunos Estados que se consideran miembros de uno de los dos bloques). La mayoría de los países del Tercer Mundo repudian tanto el comunismo soviético como el capitalismo norteamericano, y no aceptan ninguno de los dos sistemas como modelo de desarrollo válido. Quieren encontrar un camino propio. La fuerza y el valor de la socialdemocracia reside en el hecho de que no constituye ninguna amenaza política para estos países. No tenemos la menor intención de decirles cuál es el sistema social que deben adoptar, puesto que sus circunstancias son demasiado distintas de las nuestras. Nunca he podido comprender a quienes intentaban imponer a los países recién descolonizados unas tradiciones europeas que éstos no podían asimilar, pues respondían a circunstancias históricas completamente distintas.

Lo que sí queremos es tener contactos estrechos y abiertos con estos países y debatir con ellos los problemas que se plantean a las fuerzas progresistas en todo el mundo. Nuestra Internacional no puede convertirse en una organización exclusivamente europea, como estuvo a punto de suceder cuando los temas del Pacto del Atlántico y la Comunidad Económica Europea absorbían toda nuestra atención en los debates. Tenemos que encontrar formas responsables y no burocráticas para hacer de la

Internacional un foro abierto al debate y a la colaboración de representantes de otras partes del mundo.

Para ello, lo esencial *no* es que estemos todos absolutamente de acuerdo acerca de todas las cuestiones ideológicas, sino que todos tengamos un verdadero sentido de solidaridad internacional.

Estoy seguro de que hay maneras de lograr esta colaboración. Poco antes de ser asesinado, el líder independentista de Guinea-Bisseeau, Amílcar Cabral, asistió al congreso de nuestro partido, y en su discurso dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

«La solidaridad sin igualdad de derechos no es más que caridad, y la caridad nunca ha contribuido al bienestar y progreso de los pueblos. Y la seguridad sin igualdad de derechos no es más que paternalismo autoritario, proteccionismo o puro colonialismo, y está siempre en contraposición con la auténtica liberación de los hombres y de los pueblos. El mérito de su partido consiste en haber entendido estas verdades y en haber comprendido que la solidaridad es un elemento dinámico imprescindible para conseguir la igualdad de derechos y la seguridad individual y colectiva».

Como podéis ver, Cabral destacó a nuestro partido en este aspecto. Creo que sus palabras son válidas para todo el conjunto de la socialdemocracia.

Un cordial saludo,

O.P.

Editat el febrer del 1983 per la
Secretaria de Formació
del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE)

Impressió a Ràtles - Mallorca 206 - Barcelona-36

Dipòsit legal: B/8566-83